

Curso de Cristología
La Encarnación de Jesús



Índice

Introducción.....	1
Cristología de Pablo:.....	2
El docetismo:	2
Reflexión final:.....	4
La Cristología en la Encarnación	5
Primera parte.....	5
La anunciación:	5
Sesgunda parte	10
Su nacimiento:.....	10
Su presentación:	11
La Cristología en la humanidad de Jesús.....	14
Primera parte.....	14
Su bautismo:.....	14
Su desierto:.....	16
Segunda parte.....	18
Su ministerio:.....	18
Veamos ahora tres concepciones erróneas sobre el Mesías:	18
Los milagros que hizo Jesús durante su vida son la mejor prueba de su divinidad:	19
El concepto de milagro se compone de cuatro elementos:.....	19
Se distinguen tres especies de milagros:.....	19
Su Pasión y muerte:	20
La Oración el en huerto: (Lc 22: 39- 44)	21
El arresto de N. S. Jesucristo: (Mt 47, Mc. 14, 43-52; Lc. 22, 47-53 Jn 18, 2-12).....	21
La flagelación: (Mt 27: 11-26, Jn 19: 1-5, Mc 15: 16-20)	21
Tercera parte	23
Coronación de espinas: (Mt 27, 27-30; Jn.19, 2-3 Mc 15, 16-20).....	23
La Crucifixión: (Mc 15: 20-32; Lc 23: 26-38, Jn 19: 17-24).....	23
La Cristología en medio de su Iglesia	28
Su resurrección:.....	28
Su ascensión:	30
El Espíritu Santo:.....	32
La Iglesia misionera:	34

Curso de Cristología

La Encarnación en la cristología

Introducción

Primero que nada, debemos entender que la “*Cristología*” encierra una abundancia de temas teológicos que estudian desde su anunciación, hasta su muerte y, desde su resurrección hasta nuestros días. Aquí nos centraremos en la raíz teológica de su encarnación. También debemos de entender que la cristología no es una formulación de propuestas reveladas, sino que, es la *respuesta* cristiana a lo que Jesús es para nuestras vidas. Esto por supuesto, centrado en el aspecto de nuestra propia madurez espiritual.

Por otro lado, hay que entender que Cristología (del gr. *khristós*, ungido, y *logos*, estudio), es el estudio de Cristo en su todo, es decir en su ser divino y en su ser humano y esto, con relación a nuestro ser tanto humano como espiritual. Por lo mismo, nuestro estudio se enfoca en la búsqueda de Dios *encarnado* en el mundo para la salvación de la humanidad. Todos los creyentes, profesamos una sola fe en Cristo. Esta fe, la vivimos y la vamos madurando en medio de nuestras propias tribulaciones a través de los desiertos y obscuridades que vivimos al profesar nuestra convicción en Jesús. Lo hermoso del estudio de la Cristología, es descubrir en ella, la abundancia del amor que Cristo mismo derramó en la Cruz del Calvario por todos los hombres, para la salvación de los pecados. Por ello, es importante su estudio, para entender ese proceso de salvación al cual estamos llamados.

Al estudiar a Cristo, debemos de hacer énfasis en el hecho de la vida misma del Señor, tomando en cuenta su relación mutua con el Padre, pero, también con la humanidad; porque si separamos ambas, entonces estaríamos quebrantando la totalidad de su ser divino y humano.

En Cristología se estudia esa unidad, esa íntima relación existente de la Santísima Trinidad. En ella vemos la experiencia de Dios en relación con el hombre y como Dios mismo se establece entre nosotros desde siempre y para siempre. Por lo tanto, debemos de comprender que la Cristología en sí misma es de suma importancia para todo creyente ya que, comprendiendo el plan perfecto de Dios para nuestra salvación, es como vamos a entender que Dios quiere que retornemos a él, es decir a Shalom (Paraíso).

Este plan de acción salvífica se ha dado a la humanidad, desde el mismo instante en el que el hombre se separó del amor de Dios en el Paraíso. Dios siempre ha querido nuestra salvación y es por ello por lo que, en un proceso metódico, él nos ha transmitido ese deseo incansable a través de alianzas o pactos que pretenden que el corazón del hombre acepte retornar nuevamente a Shalom. Pero el hombre que no cree en su corazón y que deja que su fe está basada en hechos palpables y no experiencias vividas, trata por siempre de dar un significado puramente lógico a lo que es en esencia espiritual. De hecho, si hablamos de experiencias vividas, nos daremos cuenta de que la humanidad ha vivido esas mismas prácticas de muchas maneras. Si nos basamos en los relatos bíblicos del AT, nos daremos cuenta cómo es que el pueblo elegido por Dios (Israel), vivió una y otra vez la gloria de Dios y, por otro lado, una y otra vez, vivió la separación de esa misma gloria. Como ejemplo podemos citar la salida de Egipto (Ex 3: 19-20) y el camino sobre el desierto (Ex 16: 1-3). Ese pueblo representa lo que nosotros mismos vivimos en nuestra propia experiencia. Cuando estamos bien, alabamos a Dios, pero cuando las cosas van mal: “¿En dónde estás Dios?”.

Es por ello por lo que, al leer en el NT, en la carta a los hebreos: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo.”* Heb 1: 1-2. El autor de esta carta nos sugiere que ese proceso de salvación ha seguido al hombre desde siempre, pero que, en nuestra ignorancia, nuestra arrogancia y nuestro deseo de querer ser más que él, eso, nos aparta de ese plan, pero que, en medio de todo, él nunca se olvida de nosotros y, por consiguiente, Dios mismo, *“se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose en la condición humana, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en una cruz...”* Fil 2: 7-8

Cristología de Pablo:

Pablo describe la Cristología como un todo de Dios en Jesús, reconocido y aceptado por medio de la fe. En otras palabras, para conocer de Dios, tenemos que creer que él mismo se encarnó en la humanidad, llevando el proceso desde su inepción (Gál 4: 4), hasta su muerte y resurrección (Rom 8: 11). Para Pablo, Jesús fue totalmente hombre, no solamente en apariencia, sino que, como nosotros, nace, crece y muere y, su muerte propiamente dicho, con propósito.

Aunque el Apóstol hace referencia a la humanidad de Cristo, [La Enciclopedia Católica en línea](#), nos dice que Pablo hace dos diferencias importantes entre Jesús y el hombre: *“Primero, en su ausencia total de pecado* (2 Cor 5: 21; Gal 2: 17). *Segundo, en el hecho de que Nuestro Señor es el segundo Adán, que representa a todo el género humano* (Rom 5: 12-21; I Cor 15: 45-49).” Esto mismo nos lo confirma el Vaticano II en la Constitución Gaudium Et Spes 22, 2 y, del cual nos habla el Papa Juan Pablo II en su catequesis: [“Jesús verdadero Dios, verdadero hombre”](#). Esta catequesis la estudiaremos más adelante.

Por otra parte, podemos ver como Pablo compara a Jesús como imagen de Dios mismo (Fil 2: 6; Col 1: 15). Para el Apóstol, Jesús no era simplemente una imagen en apariencia, sin sentido como lo afirmaba Marción, un *docetista* del primer siglo, al contrario, Jesús era el primogénito de toda criatura, por quien y para quien fueron hechas todas las cosas (Col 1: 16). En otras palabras, Pablo afirmaba que Jesús estaba sobre todo y sobre todos, declarando que: *“Dios es bendito, por los siglos de los siglos”* (Rom 9: 5).

El docetismo:

El primer error de la naturaleza y la persona de Cristo generalmente se conocen como *“docetismo”*. Este nombre proviene de una palabra griega (*dokeô*) que significa *“parecer”*. El docetismo asumió diversas formas, entre ellas lo que se conoce como *“gnosticismo”*, pero su idea básica era que Cristo sólo parecía tener un cuerpo, que era un fantasma y no un hombre carnal en lo más mínimo. El Verbo se hizo carne sólo en apariencia. Esta herejía surgió en tiempos apostólicos promovido particularmente entre otros, por Marción considerado por la Iglesia como un hereje del primer siglo y persistió hasta muy cerca del fin del siglo II. Esto era lo que atacaba Pablo en los primeros años de la Iglesia y lo que siguió atacando el Magisterio hasta el siglo II, en el que se reafirmó la naturaleza divina y humana de Jesús.

Unión Hipostática:

Para entender esta unión, tenemos que entender primero que significa “*hipostasia*” (préstamo del griego *hypóstasis*, sustancia, y este derivado de *hyphístánai*, soportar o subsistir): Perteneciente o relativo a la hipóstasis. Esta hipóstasis es la unión de las tres personas de la Santísima Trinidad, como una *sustancia singular*. Entendiendo esto, entonces podemos decir que la hipostática es la unión de la naturaleza Divina (Cristo), con la naturaleza humana (Jesús). En Jesucristo, se realiza esa unión Trinitaria, encarnada en la humanidad. Primero como el Dios creador del AT, segundo como el Dios encarnado Redentor y tercero como el Espíritu Santo Consolador. Ya desde el Sínodo Romano en el 430 y el Concilio de Éfeso en el 431, esta doctrina se establecía para reafirmar el dogma sobre la hipóstasis de Jesús.

En el Nuevo Catecismo (NC) # 432, encontramos al respecto de esa unión entre lo divino y lo humano: “El nombre de Jesús significa que *el Nombre mismo de Dios está presente en la Persona de su Hijo* (Hc 5: 41; 3 Jn 1: 7) hecho hombre para la Redención universal y definitiva de los pecados. Él es el Nombre divino, el único que trae la salvación (Jn 3: 18; Hc 2: 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la *Encarnación* (Rom 10: 6-13) de tal forma que “*no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos*” (Hc 4: 12; Hc 9: 14; St 2: 7)”.

Un punto muy interesante es el hecho que Jesús, -que es la Encarnación del Padre-, se da a nosotros como la promesa de salvación; es decir que, en Cristo, Dios mismo nos da la oportunidad de retornar a Shalom, a esa paz que no da el hombre con su ciencia lógica y tecnología (Jn 14: 27; Fil 4: 7). Su encarnación en la humanidad se realiza en una forma espiritual ya que, el Espíritu Santo se une a María que es el Tabernáculo Santo (Lc 1: 35), -que es la parte humana- y en esa unión, Dios mismo, pasa de ser un Ser lejano a quién nadie puede ver (Ex 33: 20), a un Ser nacido en medio de la miseria y el desorden de la humanidad. En esencia Jesús es esa viva imagen de Dios (Col 1: 15), que quiere que nadie muera, sino que todos los que crean en él (Jesús), vivan para la vida eterna (Jn 3:16).

Debemos notar también, -como dijimos anteriormente-, que la Encarnación de Cristo se da en la unión de las tres Personas de la Trinidad. Es por ello por lo que Jesús afirmaba antes de su partida, que no nos dejaría solos, que él enviaría desde el Padre al Paráclito (del griego, “*parakletos*” que significa: consolador o abogado), quien nos llevaría a la Verdad (amor) total de su existencia. (Jn 15: 26; Jn 14: 26; Lc 24: 19).

Hoy día seguimos experimentando esa hipostasia al hacernos parte de la Eucaristía: “Éste es el *Misterio de la fe*. Cristo nos redimió. Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.” Ordinario de la Misa. En ello también Cristo Consagrado se une a nosotros para darnos fuerza y ánimo para continuar nuestro caminar hacia la vida eterna.

Además, podemos ver lo mismo en cada uno de sus sacramentos. Como nos dice el NC en el número 1118: “Los sacramentos *son de la Iglesia* en el doble sentido de que existen *por ella y para ella*. Existen *por la Iglesia* porque ella es el *sacramento de la acción de Cristo* que actúa en ella gracias a la *misión del Espíritu Santo*. Y existen “para la Iglesia”, porque ellos son “sacramentos que constituyen la Iglesia” (S. Agustín, civ. 22,17; S. Tomás de Aquino, s.th. 3, 64,2 ad 3), manifiestan y comunican a los hombres, sobre todo en la Eucaristía, el *misterio de la Comunión del Dios Amor, uno en tres Personas.*”

En el número 1116 nos dice: “Los sacramentos, como *"fuerzas que brotan"* del Cuerpo de Cristo (Lc 5: 17; 6: 19; 8: 46) *siempre vivo y vivificante*, y como acciones del Espíritu Santo que actúa en su Cuerpo que es la Iglesia, son "las obras maestras de Dios" en la nueva y eterna Alianza.”

Los sacramentos son por ende parte importante de la Cristología como acompañante para nuestra salvación. Recordemos que Dios se encarna en la humanidad, con el único propósito de que por medio de Cristo lleguemos a la vida eterna.

La Cristología se vive como una experiencia de fe, enfrascada en el amor, lo que nos conduce a la esperanza de un mejor mañana (Ap 21: 4; 7: 17). Por lo tanto, no estudiemos la Encarnación meramente como una ciencia con lógica humana, más bien veamos la misma desde el punto de vista de nuestras propias experiencias humanas, en lo bueno y lo malo que nos sucede, en el caminar que nos conduce de retorno a Shalom.

Reflexión final:

Para terminar, está introducción, debemos de entender que la Cristología es la presencia del mismo Dios que se encarna en la humanidad, con el sólo propósito de llevarnos a su salvación. Ésta (salvación), se da en medio de la Iglesia que vive experiencias de fe.

Dios siempre ha querido salvar al hombre, pero el hombre persistentemente ha tomado la decisión –por el libre albedrío-, de separarse de su amor. Por eso es importante que nuestros corazones se abran día tras día, para atender su llamado; así como en el Paraíso, Dios llamó a Adán (Gén 3: 8-10) y, éste, aunque se descubre desnudo por el pecado, responde, porque sabe que es la voz de Dios.

Los temas cristológicos a tocar

1. [La Encarnación](#)

- a) [La anunciación](#)
- b) [Su nacimiento](#)
- c) [Su presentación](#)

2. [La humanidad de Jesús](#)

- a) [Su bautismo](#)
- b) [Su desierto](#)
- c) [Su ministerio](#)
- d) [Su Pasión y muerte](#)

3. [Jesús en medio de su Iglesia](#)

- a) [Su resurrección](#)
- b) [Su ascensión](#)
- c) [El Espíritu Santo](#)
- d) [La Iglesia misionera](#)

Nos basaremos primordialmente en el documento del Papa Juan Pablo II titulado: “[Jesucristo verdadero hombre, verdadero Dios.](#)” También utilizaremos los documentos del [Vaticano II](#), el [Nuevo Catecismo](#) y la [Biblia](#) y algunas otras bibliografías, de las cuales daremos crédito en su momento.

Tarea: ¿Cómo puedo dejar a Dios que se encarne en mi corazón?

Leer el Nuevo Catecismo # 456-460 y escribir una breve reflexión sobre lo leído.

La Cristología en la Encarnación

Primera parte

El Papa Juan Pablo II nos habla en su exordio "[Jesús verdadero Dios, verdadero hombre](#)", sobre la Encarnación como el "*misterio central de nuestra fe* y es también la verdad-clave de nuestras catequesis cristológicas." El Papa basa su tesis en la escritura que dice: "*El Verbo habitó entre nosotros*" Jn 1: 1-14.

Esa Encarnación es la relación que Dios siempre ha querido para nosotros. Él quiso habitar en medio nuestro, no en una forma parcial o como centro de atención como un dios que se coloca en un simple pedestal. Por el contrario, Dios se hace carne (en griego *sarx* que significa el hombre en concreto, que comprende la *corporeidad*, y por tanto la *precariedad*, la *debilidad*, en cierto sentido la *caducidad*). El libro del profeta Isaías nos habla precisamente de esto: "...*Toda carne es hierba*" Is 40: 6. Por lo tanto la Encarnación de Dios en su hijo Jesucristo, se hace una realidad en medio de la humanidad en forma humana, sin perder su divinidad.

"También es cierto que es hombre cuando nace de Mujer y se muestra al mundo en su humanidad, con sentimientos, con angustias y tribulaciones." Por ello, el Verbo debía de manifestarse en la tierra como parte total de su humanidad: desde el ser anunciado, llevando el mismo proceso de vida, hasta su entrega, en la Cruz del Calvario. (Exordio Jesús verdadero Dios, verdadero hombre.)

En la carta a los Filipenses, en el capítulo 2: y versos del 6 al 10 nos dice: "El, siendo de condición divina, *no se apegó a su igualdad con Dios, sino que se redujo a nada, tomando la condición de servidor, y se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose en la condición humana, se rebajó a sí mismo* haciéndose *obediente* hasta la muerte, y muerte en una cruz." Jesús, -nos dice la carta-, "no se apegó a su igualdad con Dios", sino que se despojó de esa divinidad. Para entender esto, tenemos que analizar el significado de ese despojo. En el lenguaje original significa "arrancarse con dolor" (Kénosis del griego *ekénosen* y este del verbo *kenōō* cuyo significado es vaciar). Dios toma la decisión de desprenderse de sí mismo y se vacía de su divinidad, para tomar la condición humana.

Esta Kénosis la realiza de una forma sin igual, siendo su proceso en el todo humano, y realizado en María. Ya desde el AT, se viene anunciando este desprendimiento, el que podemos ver en Isaías 7: 14, en donde se anuncia que Emmanuel viene a morar entre nosotros. En el Evangelio de San Mateo nos encontramos con el significado de ese nombre: "He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, Y llamarás su nombre Emmanuel, que traducido es: *Dios con nosotros.*" Mt 1: 23

La anunciación:

La Biblia nos habla sobre esa mujer que, desobedeciendo el mandato de Dios de no comer de aquel fruto prohibido, se dejó engañar por la serpiente (Gén 3: 1-13). De la misma forma la Escritura nos habla sobre la otra mujer que le daría la vida al Salvador del mundo y de cómo Dios en su gran sabiduría se usó de ella, para ser la portadora del amor que derramaría en nuestra vida (Lc 1: 26-38)

Si Dios nos promete vida eterna por el mismo amor que nos da, entonces entendemos que esa promesa se hace realidad en Cristo Jesús su Hijo amado. Pero para que se cumpliera esa promesa, tuvo Dios

que elegir a un ser puro, que viviera a plenitud el significado del amor y sabiendo Dios desde el principio que la elegida sería María, dejó que el mismo Espíritu de amor la cubriera con su sombra, por lo tanto, el Hijo que le nacería sería el verdadero Dios en medio de su pueblo, es decir Emmanuel.

Dios no eligió a María por su belleza, su porte o porque fuera “buena”. ¡No! Él la escogió porque vio en ella la profundidad del mismo amor que brotaba como esa cascada que se desprende del manantial nacido en lo íntimo de su corazón.

María es tan parte del plan perfecto de Dios para la salvación de la humanidad como lo es el mismo Jesús. El Evangelio de San Juan dice: “Y el Verbo se *hizo carne* y habitó entre nosotros.” Pero ¿cómo se haría carne el Verbo? No podía nada más aparecerse así porque sí. Si Dios quería encarnarse en la humanidad, entonces debería de hacerlo desde el mismo punto que el hombre lo hace. Él, debía concebirse en el vientre de una mujer, como el hombre. Debía de nacer de esa mujer que, al momento de dar a luz, lo hace con dolor, pero con el gozo de saber que su Hijo, es ese Emmanuel encarnado, ese Dios entre nosotros.

“Esta carne —y por tanto la naturaleza humana— la ha recibido Jesús de su Madre, María, la Virgen de Nazaret. Si San Ignacio de Antioquía llama a Jesús “sarcóforos” (Del gr. Σαρκο –sarco- y del gr. -φόρος, -foros- de la raíz de φέρειν, llevar = que lleva consigo la carne, con esta palabra indica claramente su nacimiento humano de una Mujer, que le ha dado la “carne humana”. San Pablo había dicho ya que “envió Dios a su Hijo, nacido de mujer” (Gál 4: 4).” [Jesús verdadero Dios, verdadero hombre](#).

María ha sido siempre un claro ejemplo del bello amor del Padre en nuestras vidas. Su verdadera humildad no le permitía consentir en el principio el hecho de que Dios viniera a ella para ser la portadora del Redentor, de ese Emmanuel, de Dios mismo entre nosotros. Cuántas mujeres de su época deseaban ser las madres del Mesías a quién esperaban con devoción para ser rescatados una vez más de la esclavitud a la que estaban siendo sometidos. Estas mujeres buscaban la vanagloria y que todos las vieran como las consagradas, como las grandes santas y para que, por medio de su embarazo, pudieran tener un lugar especial dentro de la sociedad.

Al escuchar María las palabras que el ángel le anunciaba, se sintió conmovida hasta el corazón; ella no buscaba más que agradar a Dios en medio de su caridad y atención a los demás, sin preocuparse de lo que a ella le faltara, dando hasta lo que no tenía, siempre preocupada por los que eran más pobres que ella, por los marginados y abandonados de la sociedad. ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no trabajaba para aportar a su hogar que era pobre? Simple y sencillamente porque amaba a Dios y creía en él. Ella, veía el rostro de Dios en medio de todos aquellos que estaban enfermos y que nadie los atendía; Ella veía a Dios en los niños desamparados, en los ancianos que eran botados como basura, en los perseguidos, en los que, por no poder pagar el denario al César, eran encarcelados y castigados, en los esclavos que ansiaban su libertad. A ella nunca le importó no comer con tal que otros comieran; ella se despojaba de su comodidad para que otros tuvieran comodidad, y por ello su recompensa fue el de ser escogida por el Señor para ser la *Madre* de aquel que vendría a salvar al mundo de la muerte del pecado, no porque ella lo pidiera, más al contrario porque Dios así lo quiso.

Eso mismo es Dios; él se despojó de sí mismo y en su humanidad, hizo lo que su Madre hacía. Es por ello por lo que María pasaría a ser la mujer consagrada, *la llena de gracia*, la verdadera Madre del Dios vivo. Por su entrega, por su apertura a las necesidades de los demás y sobre todo por confiar plenamente en el anuncio recibido en su corazón, al no llenarse de vanagloria y salir gritando al mundo entero: “*¡Mírenme, Dios me ha elegido para ser su Madre!*” Por el contrario “*todo se lo guardaba en su corazón*” Lc 2: 19

En el instante en el que creyó en el mensaje, dobló rodillas e inclinándose hasta tocar el suelo dijo aquellas palabras que deberían de resonar hoy día, en lo más íntimo de nuestro ser: *“Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mi tu voluntad”* Lc 1: 38

Qué tremenda expresión de entrega total la de María, siempre confiando enteramente en su corazón, que desde ese mismo instante Dios tomaría su vida y que de su mano, él la haría atravesar por valles oscuros, por sendas llenas de serpientes, por desiertos en los que junto a su marido serían llevados, siendo abandonados en el proceso por la sociedad, esa misma que ciega, nunca se dio cuenta de que las profecías se hacían realidad en aquellos días en medio de sus ocupaciones y quejabanzas.

Cuánto no habrá experimentado nuestra Madre, al escuchar los mormullos de las otras mujeres, que al verla la criticaban por “haber metido la pata”, por no querer entender el tiempo en el que les debía de nacer el Salvador.

Lo enorme de todo es que María en su silencio y conducida por el mismo Espíritu de amor, se encaminó a casa de su prima Isabel que siendo de avanzada edad, también quedó en cinta, con aquella criatura que andaría adelante del Señor anunciando el arrepentimiento de los pecados. María caminó por varias millas para llegar hasta su prima. Cansada del largo caminar, quizá sedienta, con hambre y a lo mejor con el único deseo de sentarse o dormir tranquila porque estaba “embarazada.” Pero no. Al instante en el que entró a la casa, su rostro lleno de vida proyectaba un amor sincero y con ternura se acercaba a aquella viejita que le adelantaba en unos meses en su embarazo. Al entrar, el niño de Isabel saltó de alegría y quedó llenó del Espíritu de Dios, ese mismo Espíritu que lo conduciría a vivir en lo silvestre, comiendo solamente langostas y miel, sin más vestido que el vestido del amor de Dios.

Que inmenso es el poder contemplar ese momento tan hermoso. Como es que Dios en su inmenso amor demuestra una vez más que él quiere salvarnos y se usa de todos los medios necesarios para lograrlo y, aun así, nosotros somos tan cabezas duras que no logramos comprenderlo, o quizá no queremos entenderlo así porque ello implica que tenemos que dejarnos transformar de tal manera que nuestro corazón, no recibirá ni dará más que amor.

La sencillez de María logró romper con barreras culturales y religiosas. Rompió con el estereotipo de la sociedad con relación a la mujer. La mujer no valía ni cero a la izquierda; era simplemente un objeto que el hombre utilizaba para la procreación y nada más. Ellas no tenían ni voz ni voto y aunque el marido podía engañarla, ella nunca lo haría pues se exponía a la muerte.

Por eso es por lo que María es grande entre las mujeres y el ejemplo por excelencia de cómo se responde al amor de Dios. Ella se arriesgó con su respuesta de humildad, aun sabiendo que sería quizá apedreada por su prometido. Pero ni aun eso la corrompió para no aceptar la voluntad del Padre. Ella se dejó conducir por su promesa de estar con ella y sin inhibiciones confió a plenitud creyendo que verdaderamente el Espíritu de Dios la cubría con su sombra. No se puso a pensar en la muerte horrorosa que su hijo sufriría, más bien pensó en la vida eterna que le aguardaba a su lado.

La única razón por la que ella se entrega es el amor; El amor de Dios que le fortaleció en aquellos momentos en los que la espada atravesaba su corazón al ver a su Hijo clavado en esa Cruz. Cuánto no hubiese deseado ella estar en el mismo suplicio de su Hijo, y más, sin embargo, lo estuvo pues su amor de Madre no le permitía experimentar menos que su Hijo, todos aquellos latigazos, humillaciones, golpes, espinos sobre

su cabeza, aquellos clavos que traspasaron sus manos y pies. Aun así, con el mismo dolor, con el mismo sufrimiento, estuvo allí, al pie de aquella Cruz que significaba el amor verdadero del Padre para la salvación de la humanidad.

En medio de todo aquel dolor, María siempre estuvo confiada en las promesas de Dios y es por ello por lo que, desde la intimidad de su corazón, pudo proclamar aquella santa oración: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, y mi espíritu se *alegra en Dios* mi Salvador, porque se *fijó en su humilde esclava*, y desde ahora todas las generaciones *me llamarán feliz*. El Poderoso ha hecho grandes cosas para mí: Santo es su nombre” Lc 1: 46-49

Ese es el verdadero Tabernáculo Santo: aquel que en su interior supo guardar el amor verdadero y que se abrió para que el Verbo se hiciera carne, para que todos nosotros pudiésemos ser salvos. Todo por el mismo amor que ella nos tiene.

La pregunta correspondiente para todo esto es: “¿Estamos dispuestos a aceptar la responsabilidad de llevar en nosotros la gran presencia de Dios, con humildad y mansedumbre...?”

Claro que, para dar una respuesta honesta, debemos de vivir una vida honesta y sincera como María. No podemos ir por la vida proclamando lo que no vivimos.

Cuando alguien nos hiere, nuestra tendencia es siempre la de defendernos, contra atacando al que nos hace daño. Nos cuesta guardar en nuestro corazón aquellas palabras de Pablo cuando decía que “en nosotros se *cumplen* todos aquellos *dolores y sufrimientos* que le hicieron falta al Cuerpo de Cristo” Col 1: 24. ¿Por qué se hace difícil comprender esto? Porque nuestras vidas están mayormente para el placer carnal y cuando la carne duele, entonces buscamos darle un calmante a ese dolor. Es lo mismo que queremos hacer cuando dolemos espiritualmente, solamente queremos darle un calmante al espíritu con nuestros rezos y plegarías, con grandes letanías que no nos conducen más que al desvelo espiritual pues bien sabemos que nuestro interior está manchado con todas aquellas cosas que, aunque nos hirieron, no nos permiten entablar una buena relación con Dios.

Debemos de vernos a través del espejo de María; y no simplemente como cuando miramos su imagen pintada o cuando contemplamos aquella bella estatua representando a una de tantas figuras de nuestra Madre. ¡No! Debemos de reflejarnos en su interior y penetrar en ese lugar en el que ella habita, para poder comprender la magnitud de su humildad y humillación ante todos aquellos que le dañaron el corazón al golpear a su Hijo y matarlo en la Cruz. Es que el ser humildes es demostrar que verdaderamente nos dejamos conducir por ese Espíritu de amor, perdonando al que nos ofende e inclusive a esa persona que nos mató en vida.

Saber guardar en nuestro corazón el perdón, significa que estamos dispuestos a vivir de acuerdo con la voluntad de Dios; siendo sus esclavos no solamente por interés de un hueso –no político-, sino más bien, espiritual como los maestros de la ley o sacerdotes, más bien, entregándonos por completo a ese mismo amor que nos conlleva a la verdadera reconciliación.

Por supuesto que a María le dolió aquella espada que le atravesó el corazón. En su interior experimentó la angustia de la persecución, la ansiedad de ver a su Hijo ser latigueado y la impotencia al no poder compartir físicamente el sacrificio de su amado Jesús, en la Cruz del Calvario. Imaginémonos por un momento

todo ese proceso por el que ella tuvo que atravesar y más, sin embargo, ese mismo, la fortaleció espiritualmente para sobre llevar todo aquello que la oprimía interiormente. Supo encontrar en ese momento, el don del perdón por todos aquellos que en cierta manera la mataron en vida. Aun, en su mismo dolor, comprendió, además, que ese era el proceso para una vida eterna a la cual estaba siendo llamada: ¡A la vida eterna como Madre de Dios!

Tarea: Leer Jn 1: 1-14 y Gál 4: 4 y explicar lo entendido.

Segunda parte

Su nacimiento:

En un mundo falto de amor y lleno de miseria humana, vendría a nacer aquel que un día daría la vida por el perdón de los pecados. Recordemos lo que nos dice el Evangelio según San Juan 3: 16 “*¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna*” Es una clara realidad que Dios no ha querido que ninguno de nosotros nos perdamos en medio de un mundo lleno de dolor, penumbras y desolación. Él ha querido que su ser divino, fuese dado en la misma carne humana, compartiendo la misma experiencia de dolor que el hombre lleva sobre sí desde el instante en el que se separó de su maravilloso amor, con la pequeñísima diferencia que él, nunca pecó. El papa Juan Pablo II nos dice en su catequesis: “*Jesucristo es verdadero hombre, en todo semejante al hombre, excepto en el pecado. Continuamos la catequesis anterior dedicada a este tema. Se trata de una verdad fundamental de nuestra fe. Fe basada en la palabra de Cristo mismo, con-firmada por el testimonio de los Apóstoles y discípulos, transmitida de generación en generación en la enseñanza de la Iglesia.*” [Jesús verdadero Dios, verdadero hombre.](#)

El pecado nace en el hombre desde el mismo instante que por disposición propia, toma la decisión, de comer aquel fruto prohibido. El hombre siempre está -desde ese momento-, expuesto a la acción y los deseos de la carne.

Miremos a nuestro alrededor y si ponemos atención, nos daremos cuenta de que la humanidad se aleja día tras día de esa gracia de la cual un día salimos. El mundo materialista nos tiene tan cerrados a la verdadera fuente de vida, que sin darnos cuenta estamos marginando su presencia en cada uno de los que nos rodean. No nos fijamos que nos estamos haciendo parte de una gran desorientación moral, la cual cada día se hace tan parte de nuestras vidas que ha llegado el momento en el que no nos damos cuenta de lo mucho que le hemos faltado a ese amor de Dios en nosotros. Hemos dejado que la vida materialista tome control de todo cuanto somos y cuando poseemos y eso nos impide darnos cuenta de que, en vez de vivir una vida holgada, estamos más bien viviendo una desdicha, una vida de penumbras y oscuridades que nos aleja con el paso del tiempo a darnos cuenta de la verdadera necesidad del hombre.

Hoy día estamos tan interesados de saber del porqué de la vida misma y en esa búsqueda nos perdemos en todo aspecto científico, filosófico y religioso sin tomar en cuenta que una sola cosa es importante... *el amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como nosotros mismos.* (Mc 12: 29-31).

¿Por qué el hombre se hace insensato ante su amor? A esa pregunta cada uno de nosotros podremos responder de acuerdo con la misma experiencia del amor de Dios en sus vidas; pero es conveniente decir que la gran mayoría se hace insensato(a) a su amor por el medio ambiente en el que se desenvuelve, descuidando con nuestros “compromisos” teóricos, todo aquello que Dios nos ha dado para nuestro cuidado.

¿Por qué tratamos una y otra vez de dar una respuesta lógica a todo lo que nos sucede? Es que dependemos de la lógica intelectual de la ciencia humana y no de la fe dada a nosotros en medio de un mundo que se desvanece en lo sub real, por el cual el hombre pierde todo contacto con lo que es real. No hablo de lo que podemos ver con ojos externos, más bien, todo aquello que se hace realidad en lo interno de nuestras almas.

¿Por qué, aunque veamos no vemos? Es que Dios nos permite ver todo aquello que el mismo hombre va creando, poniendo divisiones entre ellos mismos, cuando el que obtiene los bienes materiales, abusa de aquellos que no los pueden alcanzar. El hombre se hace ciego ante las necesidades de sus propios hermanos, creando un mundo lleno de miseria haciéndose no videntes ante aquellos que sufren persecución,

maltrato, abusos y esclavitud; que viven marginados, en la más grande de las pobrezas, sin un pan para comer y un techo sobre sus cabezas. Hoy el hombre creación misma de Dios, vive en medio de un mundo que se pierde por el simple hecho de no querer abrirse por voluntad propia a repartir con igualdad, la misma dignidad de Dios, todas aquellas riquezas que el Señor nos dejó para el disfrute de todos.

Veamos el mundo en la actualidad: el mundo vive mucha des igualdad en todos los aspectos, desde la distribución de riquezas, hasta el mismo sectarismo de religiones con ideologías netamente humanas que se cierran a aceptarnos unos a otros por amor. Ponemos a Dios como escudo para respaldar ideologías predestinadas a la separación de su amor, creando las famosas “guerras santas”, cuando lo que el verdadero Dios quiere es que nos amemos los unos a los otros, demostrando que cuando vivimos ese mismo amor a plenitud se da en el momento que nos despojamos de nuestros egoísmos y sectarismos y nos damos por ese mismo amor a nuestros necesitados.

La miseria la vemos por todos lados y los que podríamos hacer algo por los que viven en medio de ella, no hacemos nada o lo suficiente por darle un cambio total y brindar de nuevo la dignidad a nuestros hermanos que sufren por la inmensa pobreza y la eterna miseria en la que viven, sin futuro, ni ninguna clase de motivación para salir adelante. Hoy vemos a pueblos enteros ser aplastados por los que teniendo el control económico, oprimen, desfalcándolos de todas aquellas riquezas naturales, mientras el pueblo se hunde por falta de alimento, por falta de trabajos con sueldos justos, en donde en muchas ocasiones las mujeres son inyectadas para que no queden embarazadas y a los niños los usan como pequeños esclavos, sin darles la oportunidad de ser niños, de buscar una educación ecuánime, una profesión o un mejor futuro, quitándoles el derecho a ser felices y disfrutar de un juego de pelota como en los países desarrollados.

¿Qué nos pasa? ¿En qué mundo nació Jesús? El hecho que somos nosotros mismos los hombres, que profesamos una fe en Cristo y hacemos grandes fiestas para celebrar su nacimiento, somos los mismos los que le hemos dado a nuestro hermano, el más pequeño de todos, las miserias de la vida. Les hemos dado solamente lo que sobra de nuestras mesas y no los hemos hecho parte de nuestra cena.

Jesús vino a un mundo cargado de injusticias para devolver la dignidad a los que marginados por la sociedad se encontraban como aquellos leprosos, en la más grande de las soledades sin que nadie les atendiera por miedo al contagio. Él nace tomando la condición del pobre y viviendo como pobre comparte la alegría del amor más grande, el amor del Padre que está a la puerta de nuestro corazón, en espera de todos aquellos que de una u otra manera contribuyen a la miseria de la sociedad, en espera a que se arrepientan y como el hijo prodigo, sus corazones sean transformados en el mismo amor y sepan reconocer, que solamente por medio de amar al prójimo, es como verdaderamente estaremos amando a Dios.

Hoy en la misma manera, cada uno de nosotros estamos llamados a hacernos parte de ese nacimiento de Jesucristo. No solamente en nuestras vidas “cristianas”, sino que en todos los aspectos de nuestra sociedad.

Su presentación:

Hay dos presentaciones de Jesús: En la Biblia leemos: “Y pasados los ocho días para circuncidar al niño, llamaron su nombre Jesús; el cual [le] fue puesto por el ángel antes que él fuese concebido en el vientre. Y cuando se cumplieron los días de la purificación de María, conforme a la ley de Moisés, le trajeron a Jerusalén para presentarle al Señor, (Como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abriere la matriz, será santo al Señor), y para dar la ofrenda, conforme a lo que está dicho en la ley del Señor: un par de tórtolas, o dos palominos.” Lc 2: 21-24

Siguiendo la tradición de sus padres, Jesús es presentado al Templo; esto por supuesto, aunque en sí, representa la Epifanía, es la segunda presentación. Recordemos que, en los versos anteriores, del 8-15, Jesús se muestra primero, a los que no tienen nada: a los pastorcillos, a los campesinos que día tras día sufren por ganarse el pan de cada día. Jesús se presenta en medio de todas aquellas situaciones duras y dolorosas por las que el hombre atraviesa; Se presenta a los marginados, a los enfermos, a las mujeres y hombres violados, a los hombres perseguidos por su orientación sexual, a las mujeres que, por alguna circunstancia, toman la decisión de abortar, a los que, por un delito, son enjuiciados a pena capital. También se presenta a los niños abandonados, a los maltratados y expuestos a gente sin escrúpulos que los mantienen en esclavitud; Además se hace presente en los ancianos que son abandonados por sus familiares, ya sea en asilos, en donde en su mayoría son ultrajados, dejándoles sin comer, golpeándoles y deseando su muerte para tener una cama más y de esa manera seguir ganando dinero; En los indigentes que deambulan por las calles pidiendo dinero y a los que se les mira con desprecio y se les critica por no trabajar. A ellos se les presenta Jesús.

¿Cómo se presenta Jesús en nuestras vidas? Es más, ¿cómo presentamos a Jesús a otros? La realidad es que, nuestras vidas están tan ocupadas con nuestros “problemas”, que eso mismo, no nos permite presentar a Jesús en medio de todos aquellos que, por sus experiencias, no son como nosotros.

Recordemos que nuestro llamado es el de hacer la voluntad del Padre que nos envía como un mandato a predicar la Buena Nueva y hacer que todos los pueblos se conviertan, “bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28: 19) Pero ir a comunicar la Buena Nueva no solamente se queda en el de anunciar que Dios nos ama, sino que significa que debemos de demostrar al mundo que nosotros mismos amamos, pues nos interesamos y sobre todo velamos por todo aquello que los aqueja y que a su vez nos hacemos partícipes de sus dolores y sufrimientos, no en una manera teórica o filosófica, ni mucho menos de leyes y reglamentos puritanos religiosos, pero en la misma práctica, es decir: reír con ellos, sufrir con ellos y sobre todo velar por sus intereses especialmente con todos aquellos que viven marginados en medio de una sociedad que ve al rico hacerse más rico y al pobre cada día más pobre.

Nos dice el documento del Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” GS (Iglesia en el mundo actual) # 1

La segunda parte, que es como dijimos la Epifanía, es la que se enfoca en la presentación de Jesús en el Templo. El Templo judío era el centro de toda su fe. En él, se presentaban ofrendas de sangre de chivos y ovejas en cambio de la expiación de sus pecados. Es allí en donde es presentado Jesús, como un anticipo del Templo que sería derrumbado y al tercer día sería establecido como uno nuevo, no creado por manos humanas, ni de piedra o concreto, al contrario, como el verdadero Templo espiritual por medio del cual todos los creyentes vendrían a adorar en “...Espíritu y en Verdad.” Jn 4: 21-24

Pablo mismo habla sobre ese Templo: “¿O no sabéis que *sois templo de Dios*, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno *violare el templo de Dios*, Dios destruirá al tal, porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.” 1 Cor 3:16-17. Para Pablo, el Templo no solamente se centra en Jesús que es el centro de nuestra fe, pero él va más allá: él hace énfasis en centrar ese Templo en nuestras propias vidas. Si nosotros decimos que Jesús es el Señor, entonces estamos con ello diciendo que en mi Templo habita su presencia, por lo tanto, mi actitud hacia los demás, debe de estar centrada en lo que llevo por dentro, porque hay que recordar que Jesús dijo: “Mas lo que sale de la boca, *del mismo corazón sale*; y esto contamina

al hombre.” Mt 15: 18 y en Lc 6:45 dice: “El buen hombre del *buen tesoro de su corazón saca bien*; y el mal hombre del mal tesoro de su corazón saca mal; *porque de la abundancia del corazón habla su boca.*”

Por otro lado, debemos de entender que, si digo que soy Templo de Dios, entonces estoy en acuerdo con el mandamiento de Cristo: “Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como mí mismo.” Mt 12: 30-31. Lo que es interesante en el relato de Pablo comparando nuestro corazón con el Templo de Dios, es que nos dice que, debemos de cuidar de una manera muy especial ese Templo: “*Si alguno violare el templo de Dios, Dios destruirá al tal...*” ¿En qué manera estamos cuidando ese Templo? No podemos simplemente ir por el mundo promulgando que somos Templo y que el Espíritu de Dios habita en nosotros, cuando nuestras actitudes demuestran lo contrario.

Cuando Jesús es presentado en el Templo, un hombre llamado Simeón, lo toma entre sus brazos y hace este cantico: “Ahora despides, Señor, a tu siervo, Conforme a tu palabra, en paz; porque han visto mis ojos tu Salud, la cual has aparejado en presencia de todos los pueblos; lumbrera para ser revelada a los gentiles, y la gloria de tu pueblo Israel. Y el padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decían de él. Y los bendijo Simeón.” El significado de “Simeón” es: “El que obedece”, que es una variante de “Shamah”, cuyo significado es “Dios escucha” o “Dios está aquí”. Es por ello por lo que, al momento de su presentación, Simeón queda emocionado al ver que Dios estaba presente. Es que Dios, quien se Encarna en la humanidad, se hace presente en la vida del hombre. Pero, esta encarnación no es simplemente una muestra de lo que Dios es capaz, más bien es la manifestación de su amor que quiere que todo ser humano llegue a la salvación por su Hijo Jesucristo.

Jesús sale de su cueva, de su lugar “cómodo” y con su padre y madre terrenales, va en búsqueda de cumplir con la tradición de la circuncisión (de esto hablaremos más adelante). ¿Por qué nadie más se dio cuenta que Dios estaba en medio de ellos? Posiblemente porque estaban tan atareados por “cumplir” con la ley de Moisés, que esto no les permitía ver lo que un par de personas vio al momento de su circuncisión y presentación en el Templo. Se está tan lleno de leyes y “cumplimientos”, que no nos fijamos en lo más preciado, en lo que no necesita de ritos, más bien de circuncidar nuestro corazón para que este esté roto al pecado, pero mendado al amor de Dios.

Como Simeón, debemos de guardar nuestras vidas en espera de ver a Jesús presentarse en nuestro Templo. Pero ¿cómo le veremos?; ¿Cómo nos daremos cuenta de que al que vienen a presentar al Templo, es Jesús? Simeón veía todos los días a niños venir y a niños ir y, más, sin embargo, a ninguno de ellos le reconoció como el Salvador, como “*lumbrera para ser revelada.*” Fue solamente en el momento en el que vio a Jesús que proclamó su gozo. No lo vio desde la perspectiva meramente física, es decir que no se fijó en su apariencia hermosa, sino más bien, desde la misma Encarnación, pues de ese Niño manaba una vertiente de Luz espiritual y al mismo tiempo, se dio cuenta que de él fluía la paz que no puede dar el mundo. En ese momento pudo comprender que Dios cumple sus promesas porque nos ama con amor eterno.

Hoy día es importante darnos cuenta de que Jesús está allí presente, en todo momento de nuestras vidas. Que se manifiesta en medio de todo lo que experimentamos y vivimos; que está presente aquí en este lugar, manifestando su amor, abriéndose a nuestro dolor y trayendo una luz de esperanza cuando todo lo vemos perdido.

Esa lumbrera es la que debemos de compartir con los demás. Traer bien a lo que está mal; velando por los más necesitados, despojándonos de nuestros orgullos y vanas glorias, porque, aunque conozcamos las Escrituras y sepamos pronosticar que lloverá el día siguiente cuando el horizonte se pone de color rojizo, pero si no comprendemos que Jesús se quiere presentar en nuestras vidas, de nada nos sirve.

Tarea: Leer Lucas 2: 1-40 y Explicar lo entendido.

La Cristología en la humanidad de Jesús

Primera parte

Después que Jesús fue presentado al mundo, su vida corrió peligro. El entonces rey Herodes, empezó una cacería para matarlo, lo que se conoce como: “los santos inocentes.” Sus padres tuvieron que huir hacia Egipto y allí vivir un tiempo mientras pasaba aquella persecución.

Las Escrituras nos hablan muy poco de Jesús cuando era niño, con la excepción del relato que nos hace Lucas en el capítulo 2 y versos del 41 al 52, en el que nos dice que sus padres iban cada año a las fiestas de la Pascua. Cuando cumple 12 años, Jesús los acompaña y se pierde entre la multitud. Al buscarlo, lo encuentran en el Templo dando una cátedra de Biblia a los eruditos de su época. Ya desde niño, experimentaba en su corazón el querer estar en el lugar de su Padre, porque los dos comparten el mismo Espíritu de amor. “¿No sabíais que en los negocios que son de mi Padre me conviene estar?”

Alguien podría decir qué, “de tal palo, tal astilla.” La realidad es que Dios en su humanidad, nunca se alejó de lo que siempre ha querido, nuestra salvación, pero, el hombre con su sabiduría humana no ha querido esa salvación, siempre la ha rechazado. Aquellos hombres sabios en el Templo tenían conocimiento de las Escrituras y de la Ley, pero sus vidas demostraban lo contrario a lo que Dios quería de ellos. Lo mismo sucede en nuestros días. Hoy tratamos de dar un significado científico a las cosas que son puramente de fe. Nos preguntamos si es que verdaderamente el plan de Dios es que el hombre se salve. Es que, ese proceso de salvación exige cambios radicales en nuestras vidas, los cuales no estamos dispuestos a realizar, porque estos nos apartan de nuestras comodidades. Creemos en las Escrituras, creemos que hay un Dios que tiene poder, pero, aun así, no estamos dispuestos a dejarnos transformar por su amor.

Su bautismo:

La pregunta lógica sería: ¿Cómo entonces me dejo transformar por su amor? La respuesta la encontramos en el Evangelio de Juan capítulo 3 en el que nos habla del “*nacer de nuevo*”, y no simplemente nacer por nacer, como Nicodemo de cuestionaba a Jesús: “¿Cómo podré volver al vientre de mi madre?” Otra vez, el hombre siempre tratando de encontrar lógica a aquello que parece ilógico. Nos enredamos tanto en tratar de entender con la cabeza, lo que Dios quiere que comprendamos en el corazón.

La realidad es que, Jesús nos habla sobre el bautismo, el nacer de nuevo a una nueva realidad enfrascada en el Espíritu de amor. Es por ello por lo que nuestro bautismo, el que realizamos por fe, nos abre las puertas a nuestra salvación, la que ciertamente no es fácil, porque el ser bautizado por el agua y el Espíritu nos reta a enfrentar las realidades de nuestras vidas, con valentía y dignidad.

Jesús mismo, experimentó el bautismo del agua y el derrame de ese Espíritu de amor: “Tu eres *mi Hijo amado*, en ti es mi placer” (Mt 3:16). El mismo Espíritu de Dios lo condujo al desierto, en donde atravesó momentos de tentaciones propuestas por el Diablo. Recordemos que, en Jesús, ya habitaba la presencia del Espíritu del Padre, desde el momento en el que fue engendrado en el vientre de María, pero su bautismo, confirmaba la voluntad de su Padre, querer que él fuera el Salvador de la humanidad.

No fue fácil para Jesús su bautismo. Él sabía perfectamente lo que eso significaba para su humanidad, pero, permaneció siempre fiel, siempre creyó que su Padre nunca lo abandonaría y que siempre lo escuchaba: “Y Jesús, alzando los ojos arriba, dijo: Padre, gracias te doy que me has oído. *Que yo sabía que siempre me oyes.*” Jn 11: 41-42. Eso mantuvo viva la llama de la salvación en Jesús. Humanamente supo lo que significaba el dolor de los demás, porque él mismo, lo experimentó. Jesús mismo nos muestra con testimonio, la manera en la que debemos de actuar en la vida. El papa Juan Pablo II nos dice: “Primero que nada

tenemos que *reconocer que somos hijos de Dios* y en eso, descubrir que si somos sus hijos entonces tenemos dignidad. Cristo, supo reconocer esto mismo en su propia vida y ello lo llevó a actuar en una manera firme y eficaz en contra de toda tentación de pecado en su vida. No es porque él fuera “bueno”, porque uno solo es bueno y ese es Dios (Lc 18: 18), pero para que nosotros mismos tomáramos su ejemplo de vida.” [Jesús verdadero Dios, verdadero hombre](#).

Cada uno de nosotros por el bautismo recibido de Cristo por medio de nuestra Iglesia, estamos llamados a experimentar el mismo proceso de Jesús. Recordemos que el bautismo es el “*nacer de nuevo*” a una vida de fe, sin importar a donde ésta nos pueda llevar. En él (bautismo), nos hacemos hijos adoptivos de Dios y en nosotros, se hacen realidad todos aquellos aspectos que promulgan la presencia de Cristo encarnado. Pero ello, no es simplemente un sacramento de iniciación cristiana, al contrario, se hace parte integral de nuestras vidas por la misma fe para convivir y compartir una vida plena compartiendo con otros, el amor de Dios.

"Los bautizados vienen a ser "*pedras vivas*" para "edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo" (1 Ped 2: 5). Por el Bautismo participan del sacerdocio de Cristo, de su misión profética y real, son "linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Ped 2: 9). *El Bautismo hace participar en el sacerdocio común de los fieles.*" NC 1268

En su bautismo, Jesús comprendió la misión encomendada por el Padre, dejándose guiar por el mismo Espíritu de Amor. De la misma manera en nuestro bautismo, debemos de comprender que, en el propio Espíritu, somos llamados a la misión de amar, la misma que se realiza en el hecho de nuestra docilidad, para responder con un sí rotundo, sin importar lo que esto pueda acarrear para nuestras vidas. Jesús en el Templo, toma el Rollo de Isaías y lee: “El Espíritu del Señor *es sobre mí*, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados; para predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.” Lc 4: 18-20

¿A dónde le llevó proclamar esa Verdad? Es que decir, “el Espíritu de Dios, está sobre mí,” tiene sus problemas; no solamente por el hecho de decir que está sobre mí, sino sobre todo en la acción a la que el Espíritu nos lleva a realizar. Aunque Jesús no necesitaba del bautismo, bien sabía que era necesario, pues éste, le prepararía para su Pasión y muerte de Cruz, porque en su acción se manifestaba todo aquel Verbo (presencia divina), que se conjugaba en la humanidad y a la que a sus contemporáneos le incomodaba, porque estaban acostumbrados a una vida ficticia, en la que demostraban ser muy religiosos, dando órdenes de puritanos, que ni ellos mismos eran capaces de realizar, encubiertos por la Ley de Dios. Tal, debe de ser nuestra manifestación de fe en el bautismo, ya que, este se demuestra en la participación activa en todos los aspectos de la vida cotidiana, en la manera en la que convivimos y compartimos con los demás; en el atender las necesidades de nuestros semejantes, sin importar quienes estos puedan ser, y, sobre todo, poniendo especial cuidado con aquellos que nos hacen mal.

"Los bautizados "por su nuevo nacimiento como hijos de Dios *están obligados* a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia" (LG 11) y de participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios (Cf. LG 17; AG 7,23)." NC 1270

La realidad es que, en el bautismo de Cristo, somos invitados a ser fieles servidores de la Verdad (Amor), la misma que se encarna en medio de nuestras rutinas diarias. Su bautismo, nos enseña que antes de emprender una misión en particular, hay que sumergirnos en su amor, el que nos empapa, nos renueva y nos purifica para poder resistir los embates de las tentaciones a las que somos sometidos diariamente.

Definitivamente, no podemos ser emprendedores, sin antes no a ver reconocido que, por medio del Bautismo, es como alcanzaremos la vida eterna. "Por consiguiente, el bautismo constituye un *vínculo sacramental de unidad*, vigente entre los que han sido regenerados por él." NC 1271.

Su desierto:

En los Evangelios nos encontramos con ese momento en el que Jesús después de ser bautizado, fue conducido por el Espíritu de Dios hacia el desierto. En ese lugar nos cuenta la Escritura, Jesús experimentó la más grande de las soledades, días sin comer y noches sin dormir. En medio de la nada, sin nadie a quién acudir para solicitar un pedazo de pan o un jarro de agua. Sus únicos acompañantes fueron: la lagartija, la serpiente venenosa, los alacranes y todo tipo de insecto aclimatado al desierto. Aun así, permaneció el tiempo necesario, aquel que Dios Padre tenía predestinado para él. Tuvo hambre nos cuenta el Evangelio; más, sin embargo, aun con el deseo de un taco, de una pupusa o de un tamalito, supo esperar y, aunque el enemigo vino a tentarlo, logró vencer pues Dios estaba con él.

Nosotros también vivimos desiertos en nuestras vidas, y aunque los nuestros no son literalmente en medio de este, nos encontramos con realidades similares y, sobre todo, estamos rodeados de tentaciones a las que atribuimos nuestras caídas en el pecado. Estas situaciones a las que estamos expuestos y la manera en la que reaccionamos a ellas, nos llevan a pensar que Dios es un ser que se encuentra solamente en las tradiciones de nuestros abuelos y en vez de buscar soluciones prácticas de fe, nos envolvemos en todo aquello que ciertamente nos aleja de él.

Por otro lado, debemos saber que el desierto de Jesús representa el desierto del pueblo elegido por Dios como suyo. Los israelitas habían salido de la esclavitud y pasados por el Mar Rojo, fueron bautizados por las aguas que se abrieron y luego conducidos por el desierto. Claramente podemos ver como Dios manifiesta su deseo de salvarnos, pero que también desea nuestra purificación. Jesús no necesitaba de bautizarse, lo dijimos anteriormente, pero más, sin embargo, lo hizo porque sabía en su corazón que portar cuerpo humano, significaba ser débil ante las tentaciones a las que sería sometido no solamente en su desierto, pero a través de todo su ministerio y muy en especial en el momento de su Pasión (de esto hablaremos más adelante).

Hoy reconocemos que el hombre desde el principio ha sido débil y ha estado en constante lucha contra las tentaciones. Es que el hombre en su terquedad sigue luchando en contra de fuerzas que ya han sido derrotadas y que por lo tanto ya no deberían de sonsacar al creyente con miedos, incitaciones y caídas en el fango del pecado pues Jesús mismo en su humanidad nos demostró que sí, que verdaderamente sí se puede vivir sin pecar: "¿Por qué no reconocéis mi lenguaje? Porque no podéis escuchar mi palabra. Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Éste era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros puede probar que soy pecador? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis?" Jn 8: 43-46.

En medio de las mentiras del mundo, la humanidad trata de dar soluciones a sus problemas, sin darse cuenta de que, en la mayoría de los casos, sus problemas son espirituales. En el instante que Jesús sintió hambre, el enemigo ve su debilidad humana y más, sin embargo, reconoce que él, es el hijo de Dios y, como tal, podría decirle a esa piedra que se convirtiera en pan; pero la respuesta de Jesús fue directa y sin titubeo, "*¡No solo de pan vive el hombre!*" Es que el Diablo, comprende perfectamente que la carne siempre es débil y que por lo tanto ella está en búsqueda de aquellas cosas que le hagan "sentir bien." Pero, aunque Jesús convirtiera la piedra en pan, eso no le daría la fuerza que necesitaría para sobre llevar su misión. Jesús siempre supo perfectamente en su corazón que solamente por medio del Espíritu, es como daría fuerza a su carne mortal.

Nosotros por el contrario buscamos que la ciencia, la hechicería, la santería, el vudú, el ocultismo, el espiritismo, la parasicología, (podemos seguir mencionando muchas otras), para llenar ese vacío que existe en nuestro interior. Queremos darle carne a lo que es espiritual. Es por ello por lo que estamos en una constante búsqueda bajo el farol de la calle, la moneda que se nos cayó, cuando ella se nos perdió en la oscuridad de nuestras tinieblas. Esto trae la desesperación, y la misma se conecta con el eslabón de la discordia y esta a su vez trae consigo la apatía y la depresión, pues nuestros pensamientos no están centrados en lo que realmente nos dará la pauta para prender una luz en el lugar en donde perdimos la moneda, es decir, que estamos faltos de fe.

El hombre se afana casi siempre en todo aquello que puede ver y tocar y aunque vea y toque de todas formas se queda ciego, pues lo que ve y toca hoy día, ya para mañana no sirve, pues, la vida continúa girando para adelante y no se queda estancada en nuestro ego mortal, sino que más bien, da el tiempo para que lo aprovechemos en el instante adecuado. Es por ello por lo que debemos de estar siempre atentos y enfocados no en el desierto de nuestras vidas, más bien, hay que enfocarnos en el oasis que podemos encontrar si sabemos cómo buscar. Eso mismo hizo Jesús al responder a aquellas tentaciones. Siempre sostuvo su fe, sabiendo que el Espíritu de su Padre nunca lo iba a abandonar: “Y respondiendo Jesús, le dijo: Vete de mí, Satanás, porque escrito está: *Al Señor Dios tuyo adorarás, y a él solo servirás.*” Lc 4: 8

Jesús logró vencer todo tipo de tentación, y no simplemente por el hecho de ser Dios mismo encarnado en la humanidad, sino más bien, por la misma confianza que tenía en el creador. Él sabía perfectamente que no sería abatido, pues afrontaba su realidad con fe, y en una constante oración. Nunca se preocupó por lo que iba a comer, o si bien, dormiría o no, aunque sea por una sola noche; todo eso lo que el hombre necesita para su existencia, él lo apartó y aún, en los momentos más duros, siempre siguió creyendo que, si su hoy estaba nublado, mañana saldría nuevamente el sol.

Así es, el propio instinto humano es el de aferrarse a la vida y al tratar de sujetarse a ella, está dispuesto a cualquier cosa, sin importar las consecuencias que esto le pueda acarrear. A veces se paga un gran precio por confiar en que hay un Dios que todo lo puede. Nuestra confianza siempre ha sido en el mundo; la desesperación del hambre y la sed no nos permiten enfocarnos en lo que realmente vale y preferimos un plato de lentejas ahora mismo que un manjar el día de mañana (Gén 25: 34).

El Evangelio de San Mateo nos lo dice bien claro: “No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia*, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal” Mt 6: 31-34

¿Podrá existir el hombre sin la gracia del Dios altísimo en su interior? ¡Claro que no! Sin Dios Padre, Jesús mismo no hubiese alcanzado la victoria en el desierto y el clímax de su misión. Sin Dios Padre, nuestra Madre María, nunca hubiese sido la corredentora de la humanidad. Sin el amor del Padre, nunca podremos sobrellevar las penas y las angustias que nuestro desierto nos brinda, es más, ni siquiera podríamos existir.

No estamos solos, nunca lo hemos estado. De una u otra forma Dios nos acompaña y hace fiable aquella promesa de derramar en nosotros la gracia de su Espíritu de amor. Eso fue lo que hizo posible que Jesús se mantuviera firme hasta el final. Hoy día ese mismo Espíritu nos acompaña, siempre fiel y atento a nuestras necesidades. Él está en medio de nuestro desierto y aferrados a él, encontraremos las fuerzas y el ánimo de seguir adelante pues como dice San Pablo: “Ante esto ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros ¿quién contra nosotros? Rom 8: 31

Tarea: ¿Qué significa el desierto de Jesús para mi vida?

Segunda parte

Su ministerio:

Después de su bautismo, Jesús fue llevado al desierto y luego de vencer las tentaciones, el mismo Espíritu lo conduce hacia Nazaret, en donde entró a la sinagoga y tomando el rollo del profeta Isaías, lee: “El Espíritu del Señor es sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón; para pregonar a los cautivos libertad, y a los ciegos vista; para poner en libertad a los quebrantados; para predicar el año agradable del Señor.” Lc 4: 18-19.

“Hemos visto ya que, en los Evangelios, Jesucristo se presenta y *se da a conocer como Dios-Hijo*, especialmente cuando declara: “Yo y el Padre somos una sola cosa”, cuando se atribuye a Sí mismo el nombre de Dios “Yo soy” (Jn 8: 58), y los atributos divinos; cuando afirma que le “ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28: 18): el poder del juicio final sobre todos los hombres y el poder sobre la ley (Mt 5: 22. 28. 32. 34. 39. 44). Por último, el poder de perdonar los pecados (Jn 20: 22-23), porque aun habiendo recibido del Padre el poder de pronunciar el “juicio” final sobre el mundo (Jn 5: 22), *Él viene al mundo “a buscar y salvar lo que estaba perdido”* (Lc 19: 10).” [Exordio Jesús verdadero Dios, verdadero hombre.](#)

Es ahora en donde empezamos a darnos cuenta del significado del Dios encarnado. Ahora, podemos darle lógica a Juan 1: 1, “En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba ante Dios, y el Verbo era Dios.” La verdadera dimensión de la encarnación de Dios en Cristo, no solamente se queda en el hecho de su engendro, o de su nacimiento en sí, sino que se manifiesta en el proceso de la misma vida de Jesús, en su proyecto de amor que lo llevaría hacia su Pasión y muerte de Cruz.

Jesús, es el que se esperaba por cientos de años; él, vendría como el verdadero Mesías que rescataría al pueblo de la opresión. Se convertiría en el nuevo Moisés, el gran liberador. Bueno por lo menos eso esperaban los judíos.

Veamos ahora tres concepciones erróneas sobre el Mesías¹:

1) El reino mesiánico sería un período de prosperidad material obtenida sin cansancio ni molestias y en la liberación del dominio extranjero. Los mismos apóstoles no concebían que Jesús hablara de muerte en la cruz para atraer a sí todas las cosas, es más, se peleaban por los primeros puestos cuando se convirtiera en el Rey (Mc 10: 35-40)

2) Los maestros, los fariseos, los levitas y otros ideaban el futuro Mesías como un jefe político, el restaurador de la dinastía davídica, porque de acuerdo con las profecías, el Mesías nacería de la descendencia del rey David.

3) La tercera corriente hacía coincidir la venida del Mesías con el fin del mundo. El reino mesiánico se realizaría en la otra vida (visión escatológica).

A causa de estas deformaciones Jesús usó una táctica prudente para no despertar demasiado escándalo para demostrar su mesianidad. Toma el título de “Hijo del Hombre” (Dan 7: 13-14).

¹ <http://www.clerus.org/clerus/dati/2000-05/05-7/Elproblema.html>

Acepta en primer lugar el testimonio de Juan Bautista (Jn 1: 29-30). Declara abiertamente su mesianidad ante la samaritana (Jn 4: 25-26), ante Nicodemo (Jn 3: 13-18) y de una manera contundente ante Caifás, durante su propio juicio (Mt 26: 63-64).

Al mismo tiempo, también se presenta ante el mundo como el Hijo de Dios: "Nadie conoce al Padre sino el Hijo" (Mt 11: 27). Nos revela su íntima unión con el Padre con el cual se identifica: "Si me conocen a mí, también conocerán al Padre. Pero ya lo conocen y lo han visto" (Jn 14: 7.10). Esta afirmación, completamente original, no se encuentra en ningún otro fundador de religiones. La apreciamos en la profesión de fe de Pedro (Mt 16: 18). La manifestación más clara de la divinidad de Jesús que tenemos en los sinópticos está en la respuesta que El dio ante el sumo sacerdote Caifás en el Sanedrín: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Mt. 26: 63). Jesús respondió: "Tú lo has dicho. Y os declaro que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Padre, y venir sobre las nubes del cielo" (Mt 26: 64).

Los milagros que hizo Jesús durante su vida son la mejor prueba de su divinidad:

"Las obras que yo hago en nombre de mi Padre testifican de mí" (Jn 10: 25). Esta es la respuesta de Dios que corrobora la afirmación de Jesús de ser su Hijo en el sentido más pleno y verdadero.

El concepto de milagro se compone de cuatro elementos²:

1) debe ser un hecho sensible, es decir, capaz de ser percibido por los sentidos e instrumentos de investigación científica;

2) debe ser superior a las fuerzas de la naturaleza, de tal modo que éstas sean incapaces absolutamente de realizarlo, o que no puedan realizarlo en aquel modo determinado;

3) al superar las fuerzas naturales, el milagro debe proceder de Dios como causa;

4) esta intervención de Dios debe tener un fin religioso, como la demostración del carácter sobrenatural de una revelación, o un fin moral como podría ser la demostración de la inocencia de una persona.

Se distinguen tres especies de milagros:

1) **físico**, si el hecho supera la capacidad de la naturaleza física, como la curación instantánea de un tuberculoso, la resurrección de un muerto, la multiplicación de los panes;

2) **intelectual**, si la acción supera la capacidad de la inteligencia humana, como el conocimiento del futuro libre, la penetración de los secretos de las conciencias;

3) **moral**, si supera las leyes morales, como una conversión imprevista, el valor de resistir un martirio.

Aunque Jesús, al presentarse al mundo como el Mesías, se sirvió de la excelencia de su doctrina y de la santidad de su vida (Jn 8: 45), también tuvo que valerse de los milagros: "Aunque no me creáis a mí, *creed en las obras*" (Jn 10: 38).

² <http://www.clerus.org/clerus/dati/2000-05/05-7/Elproblema.html>

Solamente con los milagros podía Jesús probar su divinidad. Los milagros son señales al alcance de todos. Son prueba de todas las facetas de su misión divina. Es tan grande su fuerza que no admiten excusas en quienes no crean en él, de esta manera probó Jesús ampliamente su afirmación de ser Hijo de Dios.

Su Pasión y muerte:

“En los días de su vida mortal, presentó ruegos y súplicas a aquel que podía salvarlo de la muerte; este fue su sacrificio, con grandes clamores y lágrimas, y fue escuchado por su religiosa sumisión. Aunque era Hijo, aprendió en su pasión lo que es obedecer. Y ahora, llegado a su perfección, es fuente de salvación eterna para todos los que le obedecen, conforme a la misión que recibió de Dios: sacerdote a semejanza de Melquisedec” Heb 5: 7-10.

Cuando vemos la vida humana de Jesús, nos damos cuenta de que ésta estuvo plagada de situaciones que le llevaron a la muerte. Sus sermones dirigidos a sus oyentes en una manera en la que llegaba al corazón, a la vez que hacían eco en sus vidas, también exasperaban a aquellos que quizá sin saberlo, encubiertos por sus leyes, ponían cargas pesadas que ni siquiera ellos mismos eran capaces de llevar (Mt 15: 7-9; Mt 23: 13-33; Lc 11: 46).

El curar en sábado, el enseñar que el amor es más importante que un puñado de oro; el darles dignidad a los niños (Mc 10: 13-16), a la mujer (Lc 8: 42-47; Jn 8: 1-11), a los marginados (Lc 7: 20-22), demostrando con acción lo que su boca decía, siempre lo metió en problemas. Es que no se puede simplemente rezar para que las cosas cambien, se necesita de una acción que, junto a la oración, pueda mover el mundo. De nada nos sirve simplemente decir: “No te preocupes, voy a orar para que Dios te mande pan...”. Jesús vio la necesidad de aquella multitud de hombres, mujeres y niños, y actuó (Mt 14: 13-20).

Hoy día estamos ante situaciones que nos hacen un claro llamado a actuar, a no quedarnos con los brazos cruzados y simplemente ser espectadores de la vida, del dolor y sufrimiento de otros. Quizá el tiempo o los bienes económicos no nos permiten involucrarnos en los asuntos que ayuden a nuestro prójimo. Preferimos mejor la comodidad del rezo en la Iglesia, a involucrarnos en la justicia y el bien. Nos encanta que nos vean como santurriones, así, el mundo habla bien de nosotros; nos gusta que se acerquen a nosotros para que les demos un concejo, o para que oremos por ellos. Estamos tan atareados con el trajín de nuestra existencia, que eso nos ha vuelto apáticos ante las situaciones que afectan de una manera negativa a los hijos de Dios.

Pero... entonces, ¿qué hacer? Jesús nos muestra el camino que debemos de tomar. Es un camino que ciertamente no es fácil, porque no lo fue para él. En el Evangelio de San Lucas, en el capítulo 22 y verso 19 leemos: “Y tomando el pan, habiendo dado gracias, *partió*, y les dio, diciendo: Esto es *mi cuerpo*, que por vosotros es dado; *haced esto* en memoria de mí.” Esto es un mandato del Señor, “*haced*”. Estamos llamados a partirnos de la misma manera en la que Jesús se partió por nosotros. Es allí, en donde da inicio a su Pasión. Este es el momento en el que empieza el proceso que lo llevará de regreso a la Casa de su Padre. Por otro lado, en el verso 20 nos encontramos con la segunda parte de su entrega: “Tomen y beban todos de él, pues este es el *Cáliz de mi Sangre*, Sangre que será derramada por todos para el perdón de los pecados.”

En el momento en el que se encontraba orando en el huerto, Jesús dobla rodillas y desvanecido, cae con rostro en tierra, en donde lanza esta oración: “Y decía: «Abba –Padre– todo te es posible: *aleja de mí este cáliz*, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».” Mc 14: 36. Recordemos que en Lucas leímos como el tomando el cáliz les dice a sus discípulos que tomaran y bebieran todos del él, pues ese vino se convertía en la Sangre que Jesús derramaría en el Calvario para el perdón de los pecados. Pero en esta cita de Marcos, leemos que, en su humanidad, Jesús no quería tomar parte en ese cáliz. Era su Sangre, la que se

derramaría y eso, ningún humano lo podría soportar. ¿Quién estaría dispuesto a derramar su sangre por alguien más? Solamente aquel que está dispuesto a amar como él nos ama (Jn 15: 13).

Jesús, el Verbo encarnado, experimenta en carne propia el partirse y no solamente como algo que estaba ya predestinado a realizar (Za 12: 10), por el contrario, lo hace por amor. En su carne (sarx), Jesús sabe perfectamente lo que le espera, y más, sin embargo, se atreve a realizar la obra redentora del Padre encarnado en la humanidad. Primero se hace servidor siendo Maestro (Jn 13: 13-16). Segundo, lo hace por amor, cargando en su corazón, con el peso de nuestros pecados.

De acuerdo la prestigiosa publicación Journal of American Medical Association, el estudio que realizó sobre "[La muerte física de Jesús](#)", publicada el 21 de Marzo de 1986, destacó que "durante 18 horas -desde las 9 de la noche del jueves hasta las 3 de la tarde del viernes, la hora en que murió-, Jesús sufrió múltiples agresiones físicas y mentales pensadas para causar una intensa agonía, debilitar a la víctima y acelerar la muerte en la cruz³."

¿Hasta qué punto podremos imaginar el sufrimiento de Cristo? Desde el punto de vista de fe, lo entendemos como resultado de lo que hemos aprendido a través de las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, pero, para entenderlo desde el punto de vista fisiológico, es necesario tener una mente abierta para comprender a su totalidad el desgaste físico, mental, emocional y espiritual que Jesús sufrió en su Pasión.

Para ello, citaremos algunos aspectos del [Dr. R. Barragán Jain](#). Él realizó un estudio científico para saber el proceso que atravesó Jesús en su Pasión. Él descubrió que Jesús vivió momentos verdaderamente tormentosos y nos relata los pasos de Jesús que lo condujeron a su Muerte en la Cruz del Calvario. Veamos algunos de sus descubrimientos.

La Oración en el huerto: (Lc 22: 39- 44)

"...Y Jesús, *sumido en la agonía*, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra." El único evangelista que reporta el hecho es un médico. El sudar sangre, o hematidrosis; es un fenómeno rarísimo. Se produce en condiciones excepcionales: para provocarlo se necesita un debilitamiento físico, y se atribuye a estados muy altos de estrés, esto provoca una presión muy alta y congestión de los vasos sanguíneos de la cara, la presión alta y la congestión provoca pequeñas hemorragias en los capilares de la membrana basal de la piel y algunos de estos vasos sanguíneos se encuentran adyacentes a las glándulas sudoríparas. La sangre se mezcla con el sudor y brota por la piel. Esta es la primera pérdida de líquidos corporales (aproximadamente de 150 a 200 ml.)

El arresto de N. S. Jesucristo: (Mt 47; Mc. 14: 43-52; Lc. 22: 47-53; Jn 18: 2-12)

Poco después, Jesús fue arrestado por los oficiales del templo, que le llevarían durante toda la noche de un lado para otro a los lugares donde se celebraron los distintos juicios judíos y romanos. En total, recorrió unos 4 kilómetros (2,48 millas) a pie.

La flagelación: (Mt 27: 11-26; Jn 19: 1-5; Mc 15: 16-20)

Según la ley judía este castigo se realizaba con un máximo de 39 latigazos. El flagelo (flagrum), es un instrumento con el que se realizaba esta tortura, estaba formado por cuatro o cinco correas de piel de buey con bolas de plomo y pedazos de huesos de oveja insertados en los extremos. Se calcula que aproximadamente la pérdida sanguínea de cada uno (de los flagelos es de 2ml, si multiplicamos por 39, a su vez

³ <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/3512867>

por 2.5 obtendremos la pérdida hemática aproximada 487ml). Se puede comentar que el flagrum utilizado para este suplicio algunas veces desgarraba hasta el músculo lo que debió de aumentar la pérdida de sangre.

Tarea: Leer Mc 15: 16-20 y hacer una reflexión escrita de lo entendido.

Tercera parte

Coronación de espinas: (Mt 27, 27-30; Jn.19, 2-3 Mc 15, 16-20)

Los soldados colocaron una tela sobre su espalda y una corona de espinas sobre su cabeza; cabe explicar que posiblemente se haya usado la que cuenta con largas espinas. Sabemos que fueron 33 heridas en el cuero cabelludo (las heridas en cuero cabelludo sangran aproximadamente de 10-15 ml dependiendo del sitio), dando como resultado un aproximado de 330 ml. De sangre.

Pilato, después de haber mostrado a ese hombre quebrantado a la turba enfurecida, se los entrega para la crucifixión. A la hora tercia (9.00 a.m. de acuerdo con Mc 15: 25), los soldados romanos encaminaron a Jesús hacia el lugar de la ejecución.

La Crucifixión: (Mc 15: 20-32; Lc 23: 26-38, Jn 19: 17-24)

La costumbre era que el condenado llevase auestas el travesaño de su cruz -o "patibulum" -que pesa unos cincuenta kilos (110,231 libras)-, hasta el Gólgota, a una aproximada de 700 metros desde el Pretorio. Pero Jesús estaba demasiado débil para hacerlo, por lo que tomaron a Simón de Cirenea, para que llevara al patíbulo. Esto lo hicieron por que, si el condenado a muerte moría antes del suplicio, el pretoriano era castigado con la misma suerte. Aun así, Jesús caía continuamente, lo podemos inferir por el sangrado que presentan las rodillas de la sábana santa, su peso lo doblaba continuamente, la pérdida sanguínea lo agobiaba más.

Una vez allí, Los verdugos le quitan sus vestiduras, pero su túnica se ha pegado a las heridas y el arrancarla es atroz, los soldados le arrojaron al suelo con los brazos extendidos para clavarle al "patibulum", con lo que lograrían reabrir las heridas de los latigazos. El siguiente paso era insertar el travesaño-con la víctima clavada en él- en la almilla del madero vertical para formar la cruz completa.

De acuerdo con las investigaciones del [Dr. R. Barragán Jain](#), los soldados utilizaron tres clavos de unos 13 a 18 centímetros de largo: dos para las extremidades superiores y sólo uno para ambos pies. Es importante la forma en la que el clavo atravesó los pies: si los pies se colocaron de lado y el clavo pasó a través de los tobillos -entre la tibia y el tendón de Aquiles-, entonces la víctima pudo cerrar las rodillas y levantarse para respirar. Esto explicaría, según el estudio, que algunos crucificados tardasen varios días en morir. Pero si los pies de Jesús se colocaron uno sobre otro, apoyando la planta del pie inferior en la madera, y el clavo los atravesó de arriba a abajo, entonces le fue imposible estirar o cerrar las rodillas.

En cada ciclo respiratorio, habría necesitado derrochar una gran cantidad de energía para levantar todo el peso de su cuerpo, tomar aire, y volver a descender lo más suavemente posible para evitar el dolor desgarrante de los clavos de las muñecas.

Normalmente, para respirar, el diafragma (el músculo grande que separa la cavidad torácica de la cavidad abdominal) debe bajarse. Esto agranda la cavidad torácica y el aire entra automáticamente en los pulmones (inhalación). Para exhalar, el diafragma se levanta para arriba, y comprime el aire en los pulmones y mueve el aire hacia fuera (exhalación). Mientras que Jesús cuelga en la cruz, el peso de su cuerpo abate al diafragma y el aire se introduce en los pulmones y permanece allí. Para exhalar Jesús debe empujar hacia arriba impulsándose sobre pies clavados (esto causa más dolor). Para hablar, el aire debe pasar sobre las cuerdas vocales durante la exhalación. Los evangelios mencionan que Jesús habló siete veces desde la cruz.

Es asombroso que, a pesar de su dolor, él empuja con sus pies para exhalar el aire y producir sonido y perdonar "Padre *perdónalos* porque no saben lo que hacen" (Lc 23: 34).

La dificultad para exhalación conduce a una forma lenta de sofocación. El bióxido de carbono se acumula en la sangre, dando como resultado un alto nivel del ácido carbónico en la sangre. El cuerpo responde por instinto, accionando el deseo de respirar. En el mismo tiempo, el corazón late más rápido para circular el poco oxígeno disponible. La hipoxemia (debido a la dificultad en la exhalación) dañan a los tejidos y a los capilares, estos se tornan más permeables (es decir comienzan a escaparse el líquido de la sangre e infiltrarse en los tejidos). Esto da lugar a una acumulación del líquido alrededor del corazón (derrame pericárdico) y de los pulmones (derrame pleural) Jn 19: 34.

Los pulmones colapsados por el diafragma y el derrame pleural, la deshidratación, y la inhabilidad de conseguir suficiente oxígeno a los tejidos, esencialmente sofocan a víctima. La falta de oxígeno también daña el corazón (infarto del miocardio) lo que conduce a una falla cardiaca.

Se cree que Jesús no murió por agotamiento, ni por los golpes o por las 3 horas de crucifixión, sino que murió por agonía de la mente la cual le produjo el rompimiento del corazón. Su evidencia viene de lo que sucedió cuando el soldado romano atravesó el costado izquierdo de Cristo. No tan solo prueba esto que Jesús ya estaba muerto cuando fue traspasado, sino que se cree que ello también es una evidencia del rompimiento cardíaco.

Lc 23: 44-46 nos dice que hacia la hora sexta (12:00 PM), las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora nona (3:00 PM) El sol se eclipsó, el templo se rasgó por en medio. Y Jesús con voz fuerte, dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Al decir esto expiro.

Mientras que estos hechos desagradables representan un asesinato brutal, la profundidad del dolor de Cristo acentúa el grado verdadero del amor del Dios para su creación. La enseñanza de la fisiología de la crucifixión de Cristo es un recordatorio constante de la demostración magnífica del *amor de Dios para la humanidad*, que fue expresada aquel día del calvario.

Es interesante el poder descubrir el proceso de la Pasión y muerte de Jesús, desde el punto de vista científico. El dolor humano que experimentó nos hace recordar nuevamente del por qué en el Getsemaní, él pedía al Padre no beber de aquel Cáliz amargo, pues bien sabía que eso significaba dolor y sufrimiento por el perdón de los pecados.

Nosotros que estamos llamados a hacer lo mismo (Lc 22: 19), nos despreocupamos de ello, porque no nos gusta sufrir. El solo hecho de experimentar dolor, nos da pánico y más aún, si esto es acompañado por el perdonar el daño que se nos ha causado. Nos hemos convertido en cristianos cómodos y militantes, es decir, que solamente estamos en los momentos de alegría y nos asusta el que tengamos que atravesar instantes de desolación, en los que todo el mundo nos da la espalda, abandonándonos a nuestros dolores y sufrimientos. ¿No es eso mismo lo que le sucedió a Jesús? Aun hoy día lo seguimos abandonando, cuando no demostramos amor en medio de nuestros más profundos dolores.

En la Cruz, Jesús tiene sed y pide de beber. Aquel soldado toma una esponja y la moja con un menju-rje combinado entre agua y vinagre y se lo pone en sus labios. Nosotros hoy día somos esas mismas esponjas que empapados le damos a Jesús a beber de nuestras amarguras y quejabanzas. No comprendemos que, para Jesús, tener sed es estar sediento de justicia, de amor al prójimo como a sí mismo. Es la sed del llamado a la reconciliación y al perdón de nuestras ofensas, tanto de las que han cometido en nuestra contra como también, las que hemos cometido en contra de nuestros hermanos.

[Juan Pablo II en su exordio](#), lo expresa de esta manera: “Durante la terrible agonía, mientras moría en el madero de la cruz, Jesús pronuncia aquel su *“Tengo sed”* (Jn 19: 28), en el cual está contenida una última, dolorosa y conmovedora expresión de la verdad de su humanidad.”

“Sólo un verdadero hombre ha podido sufrir como sufrió Jesús en el Gólgota, sólo un verdadero hombre ha podido morir como murió verdaderamente Jesús.” [Jesús verdadero Dios, verdadero hombre](#)

A los dos lados de Jesús, crucifican a dos malhechores: Dimas y Gestas. Estos personajes son interesantes dentro de la cristología, ya que, manifiestan dos aspectos importantes de nuestra fe. Uno creyó que Jesús era el Mesías, reconociéndolo aun en su mismo suplicio. El otro, quería un milagro para creer en él.

La realidad es que en nosotros mismos están estos dos personajes. Cuantas veces no hemos dicho que Jesús vive y más sin embargo cuando se presentan situaciones duras, andamos con lamentos, esperando el “milagro” de Jesús, para que nos baje de nuestra cruz. No entendemos que es por medio de nuestro sufrimiento como experimentamos los dolores que le hicieron falta al cuerpo de Cristo. Si decimos que creemos, entonces, estamos en todo dispuestos a sobre llevar con nosotros, la consecuencia de ser seguidores de Cristo. Pablo lo manifiesta en 2 Cor 6: 1-10: “Por lo cual *nosotros, ayudándolo*, también os exhortamos a que entendáis que no habéis recibido en vano la gracia de Dios, porque dice: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salud te he socorrido; he aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de la salud (2 Cor 6: 2). *No dando a nadie ningún escándalo*, para que nuestro ministerio no sea vituperado; antes teniéndonos en todas las cosas como verdaderos ministros de Dios, *en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en alborotos, en trabajos, en vigilias, en ayunos; en castidad, en ciencia, en mansedumbre, en bondad, en el Espíritu Santo, en caridad no fingida; en palabra de verdad, en potencia de Dios, en armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama; como engañadores, más hombres de la verdad; como ignorados, pero conocidos; como muriendo, más he aquí vivimos; como castigados, pero no mortificados; como doloridos, más siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como los que no tienen nada, más que lo poseen todo.*”

Por supuesto que esto no es cosa fácil. No lo fue para Cristo. Pero a pesar de su humanidad, él logro vencer toda tentación a la que la carne le llamaba. Bien pudo haberse escondido para no beber de aquel Cáliz, o salir huyendo, como un venado perseguido por el cazador. Volviendo nuevamente a los maleantes, el bueno (Dimas), no solamente reconoció a Jesús como el Mesías, sino que, además, supo exactamente en donde se encontraba y el suplicio al que había sido sometido. Él vio su realidad y la afrontó con valentía y manteniéndose firme hasta el final, recibió de Jesús la gloria eterna. Dimas es reconocido hoy día como un santo, siendo canonizado por el mismo Jesús: “...*Te aseguro que esta misma noche estarás conmigo en el Paraíso.*” Lc 23: 43

Por el otro lado se encontraba Gestas, *el malo*, el que aun en el mismo suplicio, no supo reconocer la presencia de Jesús. Jesús estuvo a su lado y más, sin embargo, no lo reconoció. ¿Por qué no lo hizo? Es que quizá vivía preocupado por su rutina, que cuando ésta se rompía, entraba en pánico y entonces, envés de alabar a Dios, le reclama hasta maldecir el ínstate que estaba atravesando. En sí, su acción le envió a un rechazo rotundo del amor de Dios y prefirió la muerte a la vida eterna.

El Papa Juan Pablo II en su [homilía 43](#) nos dice: “(Jesús) ilumina las tinieblas de las almas humanas, las tinieblas de la existencia. Es perenne e inmenso el esfuerzo del hombre para abrirse camino y llegar a la luz; luz de la conciencia y de la existencia. Cuántos años, a veces, dedica el hombre para aclararse a sí mismo cualquier hecho, para encontrar respuesta a una pregunta determinada. Y cuánto trabajo pesa sobre nosotros mismos, sobre cada uno de nosotros, para poder desvelar, a través de lo que hay en nosotros de “oscuro”, tenebroso, a través de nuestro “yo peor”, a través del hombre subyugado a la concupiscencia de la carne, a la concupiscencia de los ojos y a la soberbia de la vida (1 Jn 2: 16), lo que es luminoso (*lo que hay*

en nosotros): el hombre de sencillez, de humildad, de amor, de sacrificio desinteresado; los nuevos horizontes del pensamiento, del corazón, de la voluntad, del carácter. «Las tinieblas pasan y aparece ya la luz verdadera», escribe San Juan (1 Jn 2: 8).”

Jesús en la Cruz, devela en la oscuridad de su dolor humano, el proyecto de su Padre para la salvación de la humanidad. Él, en medio de su intenso sufrimiento, da claro testimonio del amor indiscutible que nos tiene. Ya bien lo proclama el profeta Jeremías: “Con amor eterno te he amado...” Jer 31: 3

Si recordamos el Evangelio de San Juan, en el capítulo 13 y verso 34: “Un mandamiento nuevo les doy, que se amen los unos a los otros *como yo los he amado*.” Como yo los he amado. ¿Cómo se puede amar como Jesús nos ama? Primero que nada, debemos empezar por amarnos a nosotros mismos, es decir que, si yo no me amo en su totalidad, entonces nunca voy a estar dispuesto a amar al grado en el que Jesús me ama. Es que amar a ese punto, significa que estoy dispuesto a dar mi propia vida por los demás; y no solamente por los que me caen bien o los que están a mi alrededor con el mismo sentimiento y la misma fe. Significa que estoy dispuesto a sacrificar mi vida por todos aquellos que me hicieron mal, sin excepción.

En la Cruz, el Señor dijo: “Perdónales Padre, porque no saben lo que hacen.” Lc 23: 34. Aun así la muchedumbre siguió burlándose de él. Pensaban que estaba loco porque eso de perdonar a los que hacen daño, no es lógico. La ley dice claramente que, “Más si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.” Ex 21: 23-25. No hay de otra. Pero Jesús rebatía esa ley con una que iba en contra de todo establecimiento y por lo cual es condenado: “Oísteis que fue dicho a los antiguos: Ojo por ojo, y diente por diente. Mas yo os digo: No resistáis con mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra; y al que quisiere ponerte a pleito y tomarte tu ropa, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligare a caminar por una milla, ve con él dos.” Mt 5. 38-41.

El amor manifestado de Dios en su Hijo Jesús va mucho más allá del pensamiento y el intelecto humano. Se manifiesta por medio del Espíritu de amor que proviene del Padre. Mientras que, en el pensamiento humano, se trata de presentar el amor como algo factible, al que se puede manipular de una manera carnal. “Mientras me amen, *yo amo*.” Pero Jesús, aunque humano, nunca obró de esa manera; Siempre demostró que el amor puede más que el odio.

El amor pudo más que el rencor. Soportó no solamente los golpes y las humillaciones de la Pasión y los clavos del madero, sino que también cargó consigo los pecados de la humanidad. ¿Qué más grande que esto? Ahora podemos comprender del por qué dijo: “En esto *conocerán todos* que sois mis discípulos, si *tuviereis amor* los unos con los otros.” Jn 13: 35.

El último punto que es interesante de la Cruz es el instante en el que Jesús dice: “Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos *encomiendo mi espíritu*. Y habiendo dicho esto, expiró.” Lc 23: 46. Recordemos: María quedo en cinta cuando el Espíritu de Dios posa su sombra sobre ella (Lc 1: 35); Jesús confirma en su bautismo (Lc 3: 21-22), el derrame del Espíritu de Dios Padre y lo vuelve a afirmar en la sinagoga cuando toma el rollo de Isaías 61: 1ss, “*El Espíritu de Dios está sobre mí*.” Lc 4: 16-21. Ahora en el momento de su muerte, regresa el Espíritu al Padre, de donde un día salió para engendrarse en la humanidad.

Es ese mismo Espíritu, el que nos deja como el *Parakletos*, el que va a guiar a la Iglesia hasta el momento en el que el Hijo retorne en gloria para juzgar a vivos y muertos. “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis.” Mt 25: 31-46. ¿Cómo no darnos cuenta del acto más grande que la humanidad alguna vez ha experimentado? Nos cuesta entender el proceso de nuestra conversión, la que nos llama a imitar a Jesús en todos los aspectos de nuestras vidas. No simplemente con aplaudir o con una gloria a Dios, más bien amando con el mismo intenso amor de Cristo, el mismo que plasmó en la Cruz del Calvario.

Como dice el canto tradicional: "Amar es entregarse, olvidándose de sí. Buscando lo que a otros pueda ser feliz."

Tarea: Leer Mt 25: 31-46 y hacer una reflexión sobre lo que se entendió.

La Cristología en medio de su Iglesia

Su resurrección:

El [exordio del Papa Juan Pablo II](#), nos dice sobre la Resurrección: “La Resurrección confirma de modo nuevo, que Jesús es verdadero hombre: si el Verbo para nacer en el tiempo “*se hizo carne*”, cuando resucitó volvió a tomar el propio cuerpo de hombre.”

“Por tanto, verdadero Dios y verdadero hombre. No un hombre aparente, no un “fantasma” (homo phantasticus), sino hombre real. Así lo conocieron los Apóstoles y el grupo de creyentes que constituyó la Iglesia de los comienzos. Así nos hablaron en su testimonio.”

En la resurrección, podemos ver como Dios cumple sus promesas. En ella, vemos vencida la muerte y con ella el pecado en nuestras vidas. La cuestión que se nos presenta es ¿cómo nosotros, estamos viviendo esa promesa cumplida?

En el Evangelio de San Juan, en el capítulo 20 nos dice que María Magdalena, había ido muy de madrugada al sepulcro y vio que la piedra estaba quitada. ¿Cuál fue la reacción de María? La Escritura dice que salió corriendo, como alma que llevaba el viento. El primer pensamiento de María fue el de su ser humano. Su mente, aún no comprendía, que el Señor resucitaría de entre los muertos y, al no encontrarlo, entra en desesperación, y corre en búsqueda de alguien que le ayude a comprender lo que estaba ocurriendo.

En sí, resucitar tiene sus raíces en el latín *resuscitāre*; de *re*, volver y *suscitāre*, despertar. Cuando entendemos el significado de resucitar, entonces podemos comprender como en el Evangelio, Jesús resucita a la hija de Jairo (Lc 8: 52-55), al hijo de la viuda (Lc 7: 12-15), y a Lázaro su mejor amigo (Jn 11: 11-14).

“Resucitar quiere decir volver a la vida en el cuerpo. Este cuerpo puede ser transformado, dotado de nuevas cualidades y potencias, y al final incluso *glorificado* (como en la Ascensión de Cristo y en la futura resurrección de los muertos), pero es cuerpo *verdaderamente humano*. En efecto, Cristo resucitado se pone en contacto con los Apóstoles, ellos lo ven, lo miran, tocan a las cicatrices que quedaron después de la crucifixión, y Él no sólo habla y se entretiene con ellos, sino que incluso acepta su comida: “Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos” (Lc 24: 42-43). Al *final* Cristo, con este cuerpo resucitado y ya glorificado, pero siempre cuerpo de verdadero hombre *asciende al cielo*, para sentarse “a la derecha del Padre”. [Jesús verdadero Dios, verdadero hombre](#)

Es necesario que nos demos cuenta de la importancia de reconocer y a la vez, vivir y experimentar en nuestras propias vidas el ejemplo de Dios encarnado en su Hijo Jesucristo, pues si bien es cierto como lo leímos en los párrafos anteriores, él es completamente Dios y Hombre, esto entonces nos da las pautas para vivir una vida plena consagrada y entera en santidad, la que nos da la oportunidad de permanecer firmes en medio de nuestras duras batallas, cualquiera que éstas sean; a la vez, nos da la oportunidad de soportar nuestras penas, de vencer nuestras tentaciones, de fortalecernos en nuestras debilidades, enfermedades, etc., llevándonos de la mano, de un nacimiento a una vida nueva en Cristo, hasta alcanzar la santa cruz preparada para cada uno al final de nuestro caminar en este cuerpo mortal, sabiendo que de la cruz damos el brinco para la vida eterna, ya no con este cuerpo, más bien con el propio espíritu que se llenará de la luz radiante de Dios, de quien venimos y a quien vamos.

De eso se trata, de vivir una vida plena en Cristo aquí en la tierra, en la carne pues si bien es cierto que él, hecho Hombre, vivió, sufrió y murió, también es cierto que resucitó para la vida eterna y para allá vamos

todos los que vivimos de acuerdo con su plan perfecto de amor. Porque la cristología no es una ciencia o un método de vida, es más bien, el de saber descubrir la grandeza de Dios en su Hijo Jesucristo que vino a demostrarnos que sí, que, si hay una manera efectiva de vivir la vida, sin importar lo que atravesemos en el proceso. Y claro, esto no quiere decir que como máquinas simplemente nos rociemos de aceite para seguir produciendo, ¡por supuesto que no! Más bien, es dar gracias a Dios que su plan perfecto de amor se derrama y desarrolla en nuestras vidas en medio de lo que vivimos.

Claro que es difícil el camino. Pero se hace más difícil cuando lo caminamos solamente pensando en la carne y sus debilidades. Recordemos una vez más que Jesús despojándose de su divinidad o igualdad con Dios, se humilló hasta la muerte (Fil 2: 6-8) y durante su pasión -que lo llevó a la Cruz del Calvario-, supo reconocer que su carne (*sarx*) siendo débil, necesitaba de la fortaleza de Dios. Fue ese mismo Espíritu del Padre, que lo despertó de la muerte (*resuscitāre*), venciendo su oscuridad. Del mismo modo él nos enseña que nosotros siendo de la misma naturaleza (*sarx*), debemos reconocer que necesitamos del Espíritu de Dios para sobre llevar la cruz que nos aflige, para que ya despiertos completemos la misión a la cual hemos sido llamados. “Por eso se dice: Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y la luz de Cristo brillará sobre ti.” Efe 5: 14

Con la resurrección, Cristo confirma que venció la muerte. Pero ¿Qué significado tiene eso para nuestras vidas? Para nosotros, ese aspecto de la resurrección se entiende con cierta facilidad pues, ya conocemos la historia como nos la comparten nuestros pastores apostólicos. La realidad es que el tiempo de su resurrección, nadie creía que él iba de resucitar para la vida eterna, ni siquiera los mismos apóstoles que caminaron con él. Es por ello por lo que María Magdalena corre en búsqueda de los “otros”, para compartir que el Cuerpo de Jesús había sido robado.

Al oír esto, Pedro y el discípulo amado, salen corriendo hacia la tumba, porque no podían creer que, aun teniendo guardias, su Cuerpo haya sido removido. Ellos no iban pensando en lo que él les dijo sobre su resurrección de entre los muertos; su mente estaba cegada por el dolor y posiblemente por la misma tristeza de haber sido testigos de la muerte de su Maestro. Su lógica humana, no les permitía comprender lo que estaba sucediendo. Su correr era de desesperación, de ansiedad y al mismo tiempo un sentimiento de ira en contra de los que han robado el Cuerpo del Maestro.

Cuando llegan al lugar, el discípulo joven espera y el viejo entra. El discípulo amado, solamente metió la cabeza para creer en lo que estaba escrito y lo que Jesús les confirmaba en ese momento, no necesitó más pruebas para aceptar lo sucedido y sin cuestionar, dejó que su corazón se llenará del mismo inmenso amor que había resucitado a Jesús de entre los muertos. Pero el segundo, -quien vendría a ser el líder de la Iglesia-, no se conforma con solo ver desde afuera; él, necesita entrar al lugar de los hechos para confirmar lo sucedido. Aun hoy en día la Iglesia tarda tiempo antes de confirmar un milagro o una aparición.

Otro punto muy importante que no debemos dejar que se nos escape, es el hecho de que la aparición de Cristo en su resurrección, no se dio a ninguno de los apóstoles o ningún discípulo varón, se dio a la mujer. Recordemos que, así como la tentación dio paso al pecado por la mujer, de la misma forma Jesús resucitado devuelve la dignidad perdida a la mujer al ser ella la primera testigo ocular de la resurrección y, por lo tanto, es por medio de ello que el pecado es derrotado para darnos la verdadera libertad en Cristo Jesús.

“El sepulcro vacío es signo de la victoria definitiva, de la verdad sobre la mentira, del bien sobre el mal, de la misericordia sobre el pecado, de la vida sobre la muerte. El sepulcro vacío es signo de la esperanza que no *defrauda* (Rom 5: 5). Nuestra esperanza está llena de inmortalidad”. ([Discursos del Papa Juan Pablo II 2000 # 159](#)).

Ya San Pablo nos habla de la verdadera libertad que se encuentra en la resurrección de Cristo: “*Cristo nos liberó para ser libres. Manténganse, pues, firmes y no se sometan de nuevo al yugo de la esclavitud.*” Gál 5: 1. Lo hermoso de todo es que Cristo resucitó en Cuerpo y Espíritu; resucitó en su todo para la gloria eterna. Se encarnó en la humanidad con un solo plan, el de que cada uno de nosotros alcanzáramos la salvación y luego de cumplido su cometido, regresa a unirse nuevamente al Padre, ya no, solamente en espíritu como descendió, sino que también con su Cuerpo con la única diferencia de que éste, glorificado.

En cierto modo somos quizás como Santo Tomás cuando incrédulamente les responde a sus compañeros apóstoles: “Hasta que no ve la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en los agujeros de los clavos, y no introduzca mi mano en el agujero de su costado, no creeré” Jn 20: 25b Eso es lo que el mundo actual nos pide: “Dame una prueba de que en realidad Jesús existe y entonces creeré” El problema radica en nuestro propio comportamiento. No somos nosotros mismos claros en lo que profesamos. Hay dudas en nuestros corazones sobre la resurrección de Cristo; hay duda sobre la virginidad de María; hay duda de nuestro servicio y nuestra apertura a seguir el camino que nos conduce a vivir nuestra propia pasión, en medio de desiertos y desolación. No encontramos respuesta a lo que otros nos dicen sobre este misterio y nos dejamos inundar por ideologías absurdas fundamentadas en simples paranoias de hombres que como nosotros un día dudaron sobre Dios, sobre su juicio, sobre su Hijo quién vendría a darnos la oportunidad de salvarnos de la muerte por consecuencia de nuestros pecados.

“Jesús es la Sabiduría de Dios encarnada, su Palabra eterna que se ha hecho hombre mortal. Que aquel que *vio y creyó* nos ayude también a nosotros a reclinar nuestra cabeza sobre el pecho de Cristo.” [Papa Benedicto XVI, exhortación Verbum Domini 5.](#)

Su ascensión:

En la tradición judía, el cielo significaba la morada de Dios. La Iglesia primitiva, adoptó esta simbología y la aplicó a la ascensión de Jesús como el símbolo de la Divinidad de Jesús como Dios.

Una vez más podemos darnos cuenta de que ya desde las primeras comunidades se creía en Jesús como el mismo Dios encarnado en la humanidad y que en la misma manera en la que descendió del cielo, de la misma manera retornaría a él.

Lo importante de su ascensión, fue el hecho de afirmar que todo se había cumplido (Jn 20: 30) y que ahora retornaba al Padre en su condición carnal, pero al mismo tiempo en su condición divina. Ya en el evangelio de San Mateo nos da un adelanto de su divinidad en la Transfiguración (Mt 17: 1-6). En ella se presenta a los apóstoles con la misma gloria y resplandor de Dios y de la misma manera se aleja de ellos cuando es levantado en gloria.

Para nosotros es importante recordar que su ascensión es manifestada en nuestras vidas como un acto de fe: “Dichoso el que *crea sin ver*” (Jn 20: 29). Además, se presenta en cumplimiento de la promesa del mismo Señor que dijo que “...es necesario que yo me vaya pues, voy a prepararles una habitación en la casa de mi Padre...” Jn 14: 1-3

Otro punto interesante es la nueva promesa de Jesús de no dejarnos solos: “...*yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los siglos.*” Mt 28: 20. Eso es bien importante, especialmente para nosotros los que dedicamos nuestras vidas al servicio del Evangelio. Recordemos que el Parakletos está con nosotros y si Dios con nosotros no hay nada en esta vida que no podamos lograr. Eso le sirvió a la Iglesia primitiva y continúa sirviendo hoy día con la misma intensidad.

Según "Gotquestions.com", que es un sitio con respuestas bíblicas a preguntas que se hacen con respecto a cuestiones de fe con relación a la Biblia, la ascensión de Jesucristo es significativa por muchas razones:

1) Ella, señaló el final de su ministerio terrenal. Dios el Padre amorosamente había enviado a su Hijo al mundo en Belén, y ahora el Hijo estaba regresando al Padre. Su período de limitación humana había terminado.

2) Significaba el éxito de su obra terrenal. Él había cumplido con todo lo que tenía que haber hecho.

3) Marcó el retorno a su gloria celestial. La gloria de Jesús había estado velada durante su tiempo en la tierra, con una breve excepción en la Transfiguración (Mateo 17: 1-9).

4) Simbolizó su exaltación por el Padre (Efesios 1: 20-23). Aquel con quien el Padre estaba grandemente complacido (Mateo 17: 5) era recibido arriba con honor, dándosele un nombre que es sobre todo nombre (Filipenses 2: 9).

5) Le permitió preparar un lugar para nosotros (Juan 14: 2)

6) Indicó el inicio de su nuevo ministerio como Sumo Sacerdote (Hebreos 4:14-16) y Mediador de un Nuevo Pacto (Hebreos 9: 15).

7) Estableció el patrón para su regreso. Cuando Jesús venga para establecer su Reino, él regresará de la misma manera en que se fue -literal-, corporal, y visiblemente en las nubes (Hechos 1: 11; Daniel 7: 13-14; Mateo 24: 30 y Apocalipsis 1: 7).

Para nosotros, por ende, su ascensión nos da la pauta para comprender que daba comienzo el proceso de la tercera persona de la Trinidad. El Espíritu Santo descendería sobre aquellos que creyeron en su Palabra y que, aunque escondidos, pudieron dar testimonio del Evangelio, al momento en que ese mismo Espíritu se derramó sobre ellos.

Hoy sabemos con certeza que Jesús está sentado a la diestra del Padre y que un día volverá para juzgar a vivos y muertos y que su Reino no tendrá fin. Esa es la esperanza que todo cristiano debe de mantener viva en su corazón. Deseando un día ser levantado en gloria y llevado a la vida eterna y compartir con Cristo el reino del cual somos coherederos.

Tarea: ¿Cómo vivo la resurrección de Jesús?

El Espíritu Santo:

La partida de Jesús a la diestra del Padre da cabida al cumplimiento de la promesa de Dios (y de Jesús), a la venida del Espíritu Santo. Pero, qué es el *Espíritu Santo*. Obviamente reconocemos que es la tercera persona de la Santa Trinidad, como un dogma. Pero, desde el punto de vista de fe, el Espíritu de Dios es la esencia del amor de Dios que se derrama en cada uno de nosotros. Por lo tanto, entendemos que su amor nos brinda la luz que necesita nuestro ser para alcanzar la santidad.

Dios, nos da el aliento de vida por medio de su soplo divino: En el libro del Génesis, nos dice que en el principio todo era tinieblas y desorden. Vino Dios entonces y empezó la obra redentora como proceso para dar la salvación a la humanidad. El hombre todavía no había sido creado, pero Dios ya tenía un plan perfecto de amor para él. Por supuesto, es sabido de todos los creyentes que el punto de partida para nuestra salvación se dio en el momento en el que nos separamos de su amor, al comer aquel fruto prohibido; pero qué, al mismo tiempo debemos de reconocer que solamente por medio de darle orden al universo, es como él nos da orden a nuestras vidas.

En este principio nos damos cuenta de que la tierra y el universo se encuentra de caos (del hebreo: *Tohu vabohu*) y en necesidad de orden. Este orden se realiza en el momento en el que Dios, que está en constante movimiento (Gén 1: 1-2), empieza a realizar su obra, ordenando todo y cuanto hay sobre el universo.

Para esto, Dios se usa de su Espíritu (Ruah, en hebreo, para decir viento o espíritu, el viento de Dios o soplo divino), es solamente por medio de ese Espíritu en el que el precepto viene a ser realidad en el universo entero. Si no hay Espíritu, no puede haber orden, y a través de toda la historia de la humanidad, Dios ha manifestado su deseo de orden.

A este orden le llamamos "*Shalom*." En la teología Bíblica se usa Shalom (palabra hebrea que significa paz o armonía, siendo su raíz lingüística *le-shalem*, que significa completar, retribuir, pagar, compensar), que es el lugar en donde todo funciona en armonía, tal y como Dios los creó. El Edén es lugar en donde Dios reina y en donde puso al hombre como su pertenencia para alabar a Dios, para que sea partícipe como abad (mayordomo), del mantenimiento de Shalom. Este es el principio bíblico humano, que nos dice que Dios es creador, siendo su creación por separación, dando a cada parte su lugar.

Ya desde el Génesis vemos las siguientes afirmaciones teológicas: 1. Dios es único, 2. todo poderoso, 3. soberano y 4. Rey total de toda creación. Esta combinación, se manifiesta en la unión hipostática del Dios encarnado en la humanidad, siendo el Hijo la presentación visual y palpable de esas afirmaciones bíblicas.

Lo maravilloso de todo es que, al estudiar estos puntos trinitarios, nos damos cuenta de que cada una de las personas que componen esa unión hipostática, tiene su propio tiempo de actuar dentro del plan perfecto de Dios para nuestra salvación. Dios Padre, se muestra primero como el creador, el que da paz y orden al universo (Gén 1: 1-2); Dios Hijo, como la promesa cumplida para nuestra salvación (Mt 1: 20-21) y, por último, se presenta al Espíritu Santo que moverá la Iglesia universal hasta la segunda venida gloriosa de Cristo resucitado (1 Tes 4: 16-17).

"Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, el hombre no está sin hacer nada al recibir esta inspiración, que por otra parte puede rechazar; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, tampoco puede dirigirse, por su voluntad libre, hacia la justicia delante de él". (NC 1993 segundo párrafo). Hay que recordar que él nos ha dado un Espíritu de libertad (Rom 8: 15), con la cual podemos adherirnos a él o rechazarle su voluntad.

Recordemos que el propósito real de Dios para nosotros es la constante búsqueda de nuestra salvación, es decir, que está en un continuo movimiento, para restablecer el Shalom de nuestras vidas. El Espíritu Santo viene a establecer ese orden en nuestras vidas. Es quien nos guía a la vida eterna y sin él, continuaríamos en tinieblas, sin saber a dónde ir o qué hacer.

“Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (Gal 4: 6) es realmente Dios. Consustancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su Aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.” NC 689.

No fue casualidad que Pedro haya optado por lanzar su primera predicación luego del derrame del Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hc 2: 14-41). Antes estaban con miedo de morir de la misma manera en la que Jesús murió. Pero todo miedo fue arrebatado cuando se manifestó con poder el amor del Padre que les recordaba aquellas palabras del profeta Isaías que decía: “*No temas, pues yo estoy contigo; no mires con desconfianza, pues yo soy tu Dios; yo te he dado fuerzas, he sido tu auxilio, y con mi diestra victoriosa te he sostenido.*” Is. 41: 10. Que maravilloso fue para Pedro el poder predicar con el poder del Espíritu de Amor que da la confianza para realizar la obra que Dios le había encomendado.

El que vive en Cristo y se deja guiar por ese Espíritu, no tiene excusa para no hacer la voluntad del Padre. No se puede ser miembro de la Iglesia si se tiene miedo de proclamar su amor, dando testimonio de las maravillas que él ha realizado en nuestras vidas. Pedro no reconoció todo lo que Jesús le había hablado, especialmente cuando le dijo que iba a resucitar de entre los muertos y que el poder del Espíritu nos lo dejaría, hasta que experimentó en carne propia el significado de esas palabras.

Cada uno de nosotros estamos llamado a manifestar el cambio de vida al cual hemos sido sometidos. “Cuando Dios toca el corazón del hombre mediante la iluminación del Espíritu Santo, *el hombre no está sin hacer nada al recibir esta inspiración*, que por otra parte puede rechazar; y, sin embargo, sin la gracia de Dios, *tampoco puede dirigirse, por su voluntad libre*, hacia la justicia delante de él”. (NC 1993 segundo párrafo). Hay que recordar que él nos ha dado un Espíritu de libertad (Rom 8: 15), con la cual podemos adherirnos o rechazarle su voluntad.”

Cuando Pedro predicó con el poder del Espíritu de amor, unas tres mil personas se convirtieron al Señor (Hc 2: 41). Que tremendo y sobre todo que especial a de haber sido aquel instante en el que el temor, el miedo y la cobardía desaparecieron de los apóstoles. En ese día daba inicio a la Iglesia de Cristo, la Iglesia universal; En ese instante la promesa de Cristo sobre Pedro, se hacía realidad: “Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro (o sea Piedra), *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo.” Mt 16: 18-19. Hoy día esa misma tradición de fe, la continuamos cada uno de los que creemos que Jesús murió por nuestros pecados y que resucitó para la vida eterna; que él, está sentado a la diestra del Padre y que un día volverá para juzgar a vivos y a muertos y que su Reino no tendrá fin. Eso creemos y en ello está nuestra esperanza.

“Jesús es Cristo, *“ungido”*, porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación mana de esta plenitud (Jn 3: 34). Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7: 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él: Él les comunica su Gloria (Jn 17: 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (Jn 16: 14).” NC 690.

No hay poder más grande que el amor que Dios Padre nos tiene y que se manifiesta por medio de su Espíritu. La pregunta que resulta de esto es, ¿Cómo vamos a manifestar ese Espíritu de amor en nuestras vidas y en las vidas de los que nos rodean? No basta solamente con decir que el Espíritu de Dios está sobre

mí, sino que debemos de manifestarlo con nuestras actitudes hacia los demás, de lo contrario estaríamos haciendo lo mismo que los hipócritas que hacen llevar cargas pesadas que ni ellos mismos son capaces de llevar (Mt 23: 4).

La Iglesia misionera:

Literalmente misión viene del latín “missio y -ōnis (enviar y deber)” y significa: “*Poder*, facultad que se da a alguien de ir a desempeñar algún cometido.” ([Real academia española](#)). En otras palabras, podemos decir que “misión” es: alcanzar un ideal y trasmitirlo con una verdadera devoción, creyendo a profundidad que lo que compartimos al ser enviados, es la misma realidad que vivimos a diario.

Esto lógicamente no es nada fácil, ya que, nos encontramos con una gran variedad de oposiciones al mensaje que queremos transmitir y en ciertas ocasiones esto se convierte en dolor, angustia, sufrimiento y en muchos casos la misma muerte. (Apostolado del seglar # 4 párrafo 6)

Podemos ver un claro ejemplo en Martin Luther King Jr., siendo un misionero del amor y la unidad, su sueño fue el de compartir lo que él vivía y, su misión se convirtió en la misma experiencia de dolor, persecución, encarcelamiento y luego de muerte, por el hecho de creer que la sociedad podía dar un cambio rotundo a la unidad del hombre sin las barreras del color de la piel e inclusive de la fe que se profesaba.

El mismo Señor Jesucristo fue un vivo ejemplo del verdadero misionero; él, entendió el plan de Dios y atendiendo a ese llamado, pudo despojarse de su igualdad con Dios para hacerse semejante a los hombres y, de esa manera comprender el mismo dolor y sufrimiento que al hombre aqueja, dándose a sí mismo en el amor y la caridad. (Apostolado del seglar # 8 párrafo 1)

Ciertamente todos los creyentes lo sabemos muy bien, que, Cristo no vivió una vida cómoda (Lc 9: 58), como muchos de nosotros hoy día; y más, sin embargo, eso no le impidió cumplir con ese mandato de ir y compartir con ejemplo la acción de ese Verbo entre nosotros, sufriendo las críticas, sufriendo su Pasión, Muerte y, como recompensa, la vida eterna en su Resurrección. (Dignitatis Humanae #14 párrafo 3)

Hoy día tenemos que darnos cuenta de que la tarea del cristiano no es la de simplemente quedarnos cómodos en nuestras comunidades, dejando que el mundo venga a nosotros, sino que se trata de ir nosotros al mundo, a transmitir ese mensaje de poder, aceptando el reto del Evangelio de “Id por todas las naciones y predicar la Buena Nueva” Mt 28:19ss.

Es por ello por lo que nuestra bendita Iglesia ha sido por siempre una Iglesia misionera en medio de todas las cosas y trapitos que nos quieran sacar a la luz, nunca podrán negar que hemos sido la Iglesia que más mártires hemos dado al mundo. Gente que puso en acción ese llamado a evangelizar y no a vivir en el calentamiento de manos, entre aplausos vagos y gritos de victoria cuando se vive en derrota, sintiéndose que son indignos de salir de casa y dejarlo todo, para que el hambriento tenga alimento y el desnudo su ropa. (Apostolado del seglar # 10 párrafo 2)

Claro que esto depende de nuestra unión con Cristo, pues él es la cabeza que nos dirige y que nos comparte con viva experiencia la fecundidad del verdadero misionero, pues sin esa unidad, nunca podremos realizar con exactitud ese llamado a ser parte integral del Evangelio, y a su vez también llamados a ser los nuevos mártires de la fe. (Apostolado del seglar # 4).

De cierto modo, debemos de comprender que nuestra misión es la que no solamente trasmite el mensaje de salvación al mundo entero, sino que, a su vez, nos encamina por el camino verdadero hacia nuestra propia salvación. En realidad, buscamos agradar a Dios por las obras que realizamos en esta misión, pero eso no quita que como dijimos anteriormente y se nos ha repetido ya muchas ocasiones, el agradar a Dios

no el de sentir bonito, más bien, es el experimentar los mismos dolores que experimentó el Señor Jesús en su propia misión. No podemos simplemente quedarnos con un levantar nuestras manos y decir que nuestra alabanza o predicación, es suficiente porque, a las primeras cambio, la tortilla se nos puede voltear y sin más las persecuciones, las angustias o cualquier otro tipo de dolor, nos puede apartar de ese camino hacia Cristo.

Jesús, que es Dios encarnado, nos da con claro ejemplo que estamos estudiando en estos momentos. Desde su nacimiento pudo experimentar la persecución (Mt 2: 13), y no hablamos de que nos critican y pelean por tener puesta la camiseta de cristiano, hablamos aquí de una persecución de muerte. Desde niño estaba ya predestinado al sacrificio. Por otro lado, su ministerio empieza al momento de ser bautizado y la escritura nos dice que después de su bautismo, fue llevado por Espíritu al mismo desierto en donde experimento tentaciones a las que todo servidor de Dios está expuesto; más, sin embargo, logra vencer con el poder de su mismo amor. Él, comprendió a plenitud el aspecto misionero al que estaba siendo llamado y, en medio de su desierto él purifica su vida, pues solamente en medio de ese sufrir, es como alcanzaría la victoria.

Como misioneros, debemos compenetrarnos de ese ejemplo. Un día también nosotros nacimos en el Señor y hemos escuchado su llamado a servirle y no porque no hay otra que hacer o por obligación, no más porque Jesús nos lo manda (Mt 28: 19ss.), más bien, porque hemos experimentado su amor verdadero en lo íntimo de nuestros corazones y por lo mismo reconocemos que en su amor estamos llamados a transmitir ese mensaje de poder para la salvación de las almas. Recordemos lo que nos dice el decreto sobre la misión de la Iglesia (AG 1) "La Iglesia, enviada por Dios a las gentes para ser "el sacramento universal de la salvación", obedeciendo el mandato de su Fundador (Cf. Mc., 16,15), por exigencias íntimas de su misma catolicidad, se esfuerza en anunciar el Evangelio a todos los hombres."

Somos en ese llamado de amor a ser "sacramento" que santifica a otros, para que también ellos al igual que nosotros, lleguen a la santidad. Pero ser ese sacramento significa que debemos estar compenetrados en ese amor, sabiendo que Dios me ama, pero también viviendo a plenitud ese mismo amor especialmente, en nosotros mismos. Yo no puedo ser sacramento para otros cuando yo mismo no soy sacramento para mi propia vida. No puedo llevar a otros a la santidad, cuando mi propio camino no me conduce a esa santidad. Todo esto se hace reconociendo que hay un Dios que está allí acompañándonos a todo momento, recordándonos que, si él nos ha llamado, él, en ese llamado, nos llena de dones y carismas los cuales pondremos para su servicio.

La pregunta es: "¿Cómo puedo descubrir ese carisma como regalo de Dios a mi vida? Tenemos que darnos cuenta de que desde el día de nuestro bautismo Dios ya nos ha concedido lo que él quiere para nuestras vidas. Ya de por sí sabemos que hay algo que se nos facilita hacer. Desde niños hemos experimentado hacer cosas que en nosotros se hacen fáciles y que sin pensarlo lo desempeñamos sin esfuerzo. Pues ese es el carisma que Dios nos regala. Muchos queremos inventar o crear carismas que no poseemos -y que Dios en su amor nos puede regalar de acuerdo con la necesidad de la comunidad-, pero que nos distraen de lo que en realidad Dios quiere para nosotros. No puedo ser zapatero cuando mi labor es el de panadero; no puedo ser cantante cuando soy orador; no puedo ser predicador de grandes multitudes cuando mi carisma es el de compartir su amor individualmente.

"Aunque a todo discípulo de Cristo incumbe el deber de propagar la fe según su condición, Cristo Señor, de entre los discípulos, llama siempre a los que quiere para que lo acompañen y los envía a predicar a las gentes." AG 23 Hay que estar siempre agradecidos con el Señor por el llamado que hace mi corazón de entre tantos otros. Nos habló desde el vientre de nuestra madre para ser profetas de las naciones (Jer 1:1ss)

Hoy que sea nuestra respuesta un rotundo sí y que sea él quien nos guíe en este camino hacia la gloria eterna.